YO ESTUVE AQUI UNA VEZ

I HAVE BEEN HERE BEFORE

J. B. Priestley



J. B. PRIESTLEY

YO ESTUVE AQUÍ UNA VEZ

(I HAVE BEEN HERE BEFORE)
COMEDIA EN TRES ACTOS



Traducción del inglés por
AURORA BERNARDEZ



AGUILAR



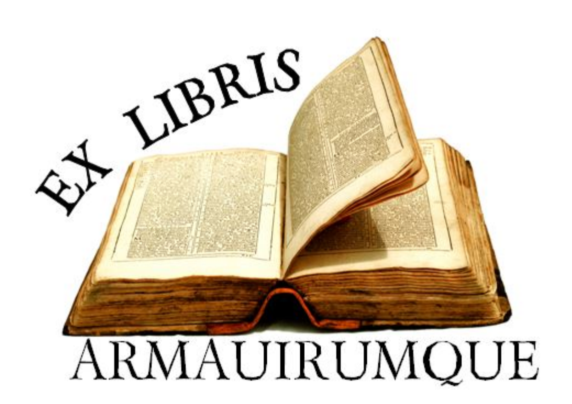
J. B. Priestley

YO ESTUVE AQUI UNA VEZ

(I HAVE BEEN HERE BEFORE)

COMEDIA EN TRES ACTOS

Traducción de
AURORA BERNARDEZ



YO ESTUVE AQUÍ UNA VEZ *fue estrenada en el Royalty Theatre, de Londres, durante el otoño de 1937, y ha sido representada a menudo, tanto aquí, en Inglaterra, como en el Continente. Sin embargo, fue un rotundo fracaso en Nueva York, donde, en general, he sido muy desafortunado como comediógrafo. No obstante, un distinguido empresario americano, Jed Harris (que apareció y desapareció de la historia de esta comedia como si fuese un genio misterioso), me hizo varias sugerencias muy valiosas que yo admití con satisfacción, pues esta fue una obra que, a diferencia de la mayoría de las otras, rehíce varias veces, principalmente porque resultaba muy difícil explicar la teoría de la recurrencia de Ouspensky, sobre la cual se basaba la acción. Esta comedia constituye un excelente ejemplo de ese subrepticio apartarse del naturalismo a que antes me he referido. Así, pues, muchos de los parlamentos del tercer acto están muy lejos del convencional diálogo realista, sin que nadie haya hecho comentarios al respecto.*

Yo estuve aquí una vez,
  mas cómo y cuándo no sé decirlo;
conozco el césped de la entrada,
  el perfume sutil,
el sonar suspirantes, las luces en la playa.

DANTE GABRIEL ROSSETTI.

Esta obra fue estrenada el 22 de septiembre de 1937 en el Royalty Theatre, de Londres, con el siguiente reparto, por orden de aparición en escena:

SALLY PRATT	Eileen Beldon.
SAM SHIPLEY	William Heilbronn.
DOCTOR GÖRTLER	Lewis Casson.
OLIVER FARRANT	William Fox.
JANET ORMUND	Patricia Hilliard.
WALTER ORMUND	Wilfrid Lawson.

Dirigida por LEWIS CASSON

Escena: Salón de la posada del Toro Negro, Grindle Moor, North Yorkshire, durante la festividad de Pentecostés.

ACTO I: Viernes.
ACTO II: Sábado.
ACTO III: Domingo.

Con referencia a algunas teorías del doctor Görtler acerca del Tiempo y la Recurrencia, reconozco con gratitud mi deuda hacia el asombroso libro de P. D. Ouspensky *Un nuevo modelo del Universo.* Queda entendido, con todo, que acepto la plena responsabilidad del libre uso que he hecho de dichas ideas ajenas, y que al emplearlas no significa necesariamente que las acepte.

ACTO PRIMERO

El salón de descanso de la posada del Toro Negro, en Grindle Moor, North Yorkshire, una típica posada de la región de los páramos, a manera de una granja que sirve de despacho de bebidas, local y alberga a la vez a unos pocos huéspedes. La habitación está sencillamente puesta, dentro del estilo de un salón en una granja del Norte. A la izquierda hay una gran ventana baja, empotrada profundamente en el muro, con un asiento almohadonado al pie; el sol entra a raudales por la ventana. En el fondo, a la izquierda, hay una puerta que sirve para entrar en la posada a los huéspedes que se albergan en ella, pero no a los que vienen solamente a beber o a comer. En el fondo, a la derecha, se ve la puerta que lleva al comedor, al bar y al resto de la posada, incluso dos de los dormitorios para huéspedes. Alcanza a distinguirse un pasillo más allá de la puerta. A la derecha, y delante, hay otra puerta más chica, que conduce a dos dormitorios en los altos, y que da directamente a una empinada escalera. Al abrirse la puerta principal alcanzan a verse, a lo lejos, los páramos. Por supuesto, la chimenea correspondiente al salón se encuentra en la cuarta pared. A la derecha hay un sofá anticuado y una mesa en el centro. Un par de sillones estropeados, pero confortables, aunque no muy grandes, aparecen a los lados de la mesa, y cerca de las paredes dos o tres sillas más pequeñas. Próximo a la puerta que da al comedor hay un teléfono fijo en la pared. Son aproximadamente las ocho de la tarde de un día de junio.

Al levantarse el telón la sala está vacía, pero inmediatamente después entra SALLY PRATT *trayendo una flores. Es una agradable campesina, entre los treinta y los cuarenta; viste muy bien, pero trae puesto un delantal, como si todavía estuviera ocupada en tareas domésticas. Habla con voz un tanto fuerte y con acento norteño, aunque no muy pronunciado. Un momento después entra* SAM SHIPLEY *Es un robusto, jocoso y satisfecho hombre de Yorkshire, que ha llegado ya a los sesenta. Su acento es más fuerte que el de su hija, pero no demasiado manifiesto.*

SALLY.—*(Mientras termina su tarea.)* Ahora está un poco mejor.

SAM.—Sí.

SALLY.—*(Agudamente, pero no con mal modo.)* Papá..., ponte la chaqueta.

SAM.—¿Por qué?

SALLY.—Bien sabes por qué, te lo he dicho muchas veces. ¡El dueño de El Toro Negro en mangas de camisa, como un «barman»!

SAM.—Mientras la gente me pague lo que me debe, me tiene sin cuidado que me tomen por un «barman». No soy un tipo delicado.

SALLY.—Bueno, vete ahora. Va a llegar gente en seguida. No quiero que al entrar miss Holmes con sus amigas, te pesquen en mangas de camisa.

SAM.—Si lo peor que tendrán que ver en la vida es eso, pueden considerarse afortunadas. *(Pausa.)* ¿Cuándo vuelve míster Farrant?

SALLY.—En cualquier momento. Pidió solamente carne fría con ensalada, y queso. Ojalá todos fueran tan fáciles de contentar. *(*SAM *se va marchando mientras* SALLY *habla, dejando la puerta abierta. Pero luego asoma la cabeza.)*

SAM.—Está el carnicero.

SALLY.—Y bastante tarde, por cierto. *(Cuando va a salir, se oye un automóvil.* SALLY *lo oye también y llama.)* ¡Papá, creo que viene alguien!

SAM.—*(Desde afuera.)* Ya voy. *(Ella se apresura a salir. Oímos el tictac del reloj en el salón vacío. Hay una pausa. Luego se oye golpear suavemente en la puerta exterior, que se va abriendo despacio, y entra el* DOCTOR GÖRTLER. *El reloj da la hora. El recién venido es un hombre de unos sesenta años, que viste un traje de corte extranjero, oscuro, bastante usado. Tiene un ligero acento extranjero y habla con precisión. Aunque su apariencia y modales sugieren al hombre de estudios, aislado y reservado, se nota en él mucha seguridad y dominio. Mira en torno con vivo interés y curiosidad, y luego que ha abarcado todo el salón consulta una pequeña libreta, como comparando su apariencia con algunas notas allí contenidas. Finalmente hace un gesto de asentimiento. Vuelve* SAM, *con la chaqueta puesta. Los dos hombres se contemplan por un instante y* SAM *dice:)* Buenas noches, señor.

DOCTOR GÖRTLER.—Buenas noches. ¿Es usted el propietario?

SAM.—Sí. Sam Shipley, servidor.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Alquila habitaciones?

SAM.—Algunas, muy pocas.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Tres o cuatro, por ejemplo?

SAM.—*(Ligeramente sorprendido.)* Sí *(Entra* SALLY *vivamente, pero se detiene sorprendida al ver al* DOCTOR GÖRTLER.)

SALLY.—¡Oh! Buenas noches.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Sonriendo.)* Buenas noches.

SALLY.—¿Quería usted una habitación?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Lentamente.)* No sé todavía.

SALLY.—*(A quien no le gusta esto.)* ¡Ah! Bueno, de todas maneras me temo que no podríamos instalarlo en casa.

DOCTOR GÖRTLER.—¿No tiene habitación?

SALLY.—Hay cuatro dormitorios solamente, y están todos tomados para las fiestas. Ya hay un caballero ocupando uno, y los otros tres vienen esta noche.

DOCTOR GÖRTLER.—¡Ah, sí! Y los tres que vienen esta noche... ¿los conoce usted?

SALLY.—*(Sorprendida.)* Sí.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Amablemente, como induciéndola.)* Dos de ellos quizá... son un matrimonio..., el hombre mayor que su esposa... Crea que él es rico... Y el tercero..., ¿verdad que es un hombre más joven?

SALLY.—*(Que lo ha escuchado con alguna sorpresa.)* No. Esperamos a tres señoras.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Bastante sorprendido.)* ¿Tres señoras?

SALLY.—Maestras que vienen de Manchester.

DOCTOR GÖRTLER.—¡Ah! Quizá haya otra posada en este lugar, entonces.

SAM.—No, esta es la única. Está la del León, en Dale End, pero queda a ocho millas de aquí.

SALLY.—Pero hay una o dos familias que alquilan habitaciones. Podría probar en la granja de Lane Top..., la casa de mistress Fletcher... Está cerca de aquí.

SAM.—A cinco minutos de automóvil... si vino usted en auto.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Que todavía da señales de desencanto.)* Sí, tengo un auto pequeño. Probaré en esa granja, pero no creo que sirva de nada. *(Sonríe, como si estuviera desamparado.)* Me habré equivocado de año.

SAM.—¿No sabía usted en qué año iban a venir sus amigos?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con una ligera sonrisa.)* No son amigos míos. *(Va a la puerta.)* ¿Cómo se llega a la granja?

SAM.—*(Que lo sigue.)* Cuando salga al patio, allá, doble a la derecha, hasta ver la muestra de la granja... No puede dejar de encontrarla. *(Mientras dice esto, el* DOCTOR GÖRTLER *ha salido y* SAM *está en la puerta. Se oye el motor de un auto pequeño que arranca.* SAM *cierra la puerta y avanza.)* No va a llover esta semana. Ya lo habríamos sentido en el aire.

SALLY.—¡Pero mira que es audacia! ¡Meterse de rondón y hacer toda clase de preguntas!

SAM.—¿Quién? ¿El tipo ese? Bueno, lo que pasa es que es un extranjero.

SALLY.—¿Qué tiene que ver?

SAM.—A lo mejor es la manera que usan en su país, ¡vaya uno a saber! *(Se ríe traviesamente.)* Lo que me hizo gracia fue cuando dijo que se había equivocado de año. Como chiste, es de lo mejor que he oído últimamente. Si anda de un lado a otro preguntando por unas gentes... que no son sus amigos, fíjate bien... y no sabe quienes son ni en qué año van a venir... ya te imaginas los resultados que conseguirá. ¡Tengo que contarles esto a los muchachos en el bar!

SALLY.—¡Tú y tu bar! *(Suena el teléfono. Atendiendo.)* Sí, habla con El Toro Negro. Sí, sí..., claro, estoy esperando... ¡Ah, miss Holmes! Sí, habla mistress Pratt... Nos estábamos preguntando qué les habría sucedido... ¡Oh, pero cómo...! ¡Jamás me habría imaginado que...! Claro, si su amiga está tan mal, me imagino que no puede... No, en fin, qué le vamos a hacer... Claro que lo

sentimos porque... En fin, ya veremos de conseguir algunos otros... Sí, sí... Muy bien... ¡Adiós! *(Cuelga y se vuelve hacia* SAM.) Miss Holmes... llama desde Manchester... No pueden venir.

SAM.—¡No me digas!

SALLY.—Una de las otras se ha puesto enferma, y no quieren dejarla sola.

SAM.—¡Oh!

SALLY.—*(Indignada.)* Ya lo creo que puedes decir ¡oh! Tres cuartos vacíos en el último momento, y pensar que podríamos haberlos llenado cuatro veces cada uno. Estamos bien plantados... Hoy viernes, mañana sábado... y solamente un dormitorio ocupado. Deberíamos hacer lo que todo el mundo, y pedir una señal cada vez que toman una habitación por adelantado. Si se echan atrás, no perderíamos ese dinero.

SAM.—Bueno, no es la primera vez que nos pasa.

SALLY.—¿Lo dices como un consuelo?

SAM.—Sí, porque nos asegura que las llenaremos fácilmente. El Toro Negro jamás tuvo alcobas vacías para Pentecostés. Ya vendrán algunos automovilistas. Y quizá sean comerciantes, que gastarán mucho más que esas tres señoras maestras que no beben otra cosa que té y jamás asoman las narices en el bar. *(Entra* OLIVER FARRANT. *Ha estado haciendo una caminata, y viste una chaqueta de «tweed» y pantalones de franela, todo lo cual aparece algo polvoriento. Tiene entre veintiocho y treinta años, es buen mozo, con algo de adolescente que perdura en él, y algo de intelectual. Tiene un aire definido, ligeramente aristocrático, que se disimula frente a los otros dos, como quienes mantienen una cordial relación. Posee un encanto personal mucho mayor del que surge de sus palabras, y aunque sufre de la afectación un tanto pedante del intelectual renombrado, esto se halla más en lo hondo que en su manera de hablar.)*

FARRANT.—¿Queda algo de jerez, Sam?

SAM.—Sí, mister Farrant. *(Sale a buscarlo.)*

SALLY.—*(Que evidentemente le tiene simpatía.)* La cena estará pronta apenas se haya cambiado.

FARRANT.—¡Magnífico! *(Se sienta, arrellanándose.)* Los últimos kilómetros me resultaron algo pesados. *(Recordando, con un aire ligeramente jocoso y un susurro.)* ¿Llegaron ya los tres especímenes femeninos de Manchester?

SALLY.—No van a venir. Una de ellas se puso enferma.

FARRANT.—En fin, no diré que estaba esperando que vinieran, pero lo lamento. Para ustedes es mala noticia, ¿verdad?

SALLY.—Es un fastidio, pero sin duda los cuartos se ocuparán mañana. Lo único que deseo es que a usted le resulte agradable la gente que tomemos, señor Farrant.

FARRANT.—No estará insinuando que soy difícil de complacer.

SALLY.—*(Vivamente.)* No, nada de eso, míster Farrant, pero usted sabe cómo son las cosas. Si tomamos gente en el último

momento, no podemos elegir mucho, y cuando todos se reúnen aquí... quizá sea un poco molesto.

FARRANT.—¡Oh, no se preocupe por mí! No creo que pase mucho tiempo dentro en los próximos días, y si las cosas se ponen feas siempre me queda el recurso de subir a mi cuarto y leer. *(Entra* SAM *con un vaso de jerez.)*

SALLY.—Iré a ver si le han puesto bien la mesa, míster Farrant. ¿Le gusta el queso de Wensleydale

FARRANT.—No sé, pero me agradaría probarlo. *(Sale* SALLY.)

SAM.—No hay como un pedacito de Wensleydale. ¿Fue bueno el paseo, míster Farrant?

FARRANT.—Sí, Sam, gracias. Crucé el valle, luego por el lado de la iglesia, el páramo, y regresé por el alto de Grindle.

SAM.—Vaya, pasa de dieciséis millas. ¿Volvió a encontrar alguna ciénaga en el alto?

FARRANT.—No, Sam. Ya me estoy haciendo ducho. La esquivé esta vez, dando la vuelta por la derecha. El mapa oficial está completamente equivocado en lo que se refiere al alto de Grindle. *(Prueba su jerez, y habla con gusto.)* ¿Sabe usted, Sam? Un siglo o dos atrás debe de haber vivido muchísima más gente que ahora en este valle.

SAM.—He oído decir lo mismo.

FARRANT.—Piense en todas esas viejas ruinas de viviendas, de graneros y de corrales... y las millas y millas de antiguas murallas en el páramo.

SAM.—Sí, las levantaron antes que la gente se fuera a vivir a las ciudades. Me acuerdo que mi abuelo hablaba de eso cuando yo era un chiquillo.

FARRANT.—Alguien debería tratar de encontrar los anales, las crónicas de estos valles. Es seguro que en la Edad Media, cuando en los páramos había vida rural y se alzaban abadías y castillos, toda esta zona debe de haber estado mucho más poblada.

SAM.—Pues no me parece que ahora lo esté.

FARRANT.—No vi un alma en toda la tarde, allá en lo alto, salvo un par de pastores. *(Termina el jerez y se encamina hacia su dormitorio.* SAM *toma el vaso, y entonces suena el teléfono. Cuando* SAM, *algo dudoso, va a atenderlo, entra apresuradamente* SALLY.)

SAM.—Sí, habla con El Toro Negro. Sí...

SALLY.—*(Con impaciencia.)* Dame, papá, yo atenderé.

SAM.—Espere un momento. *(Ella toma el auricular.)*

SALLY.—Sí... ¿Quién habla? Sí, míster Ormund... Pues justamente ocurre que tenemos dos piezas, porque alguien ha cancelado el pedido... Sí, están dispuestas, pueden venir cuando quieran. ¿Ahora mismo? ¿Y querrán cenar esta noche? ¡Ah!, ya veo... Sí, apenas pase Marlingset, doble a la izquierda, y luego todo derecho... No puede perderse. Muy bien. *(Cuelga, con cierta excitación.)* ¿Puedes creer una cosa así?

SAM.—Antes de creerla tengo que enterarme.

SALLY.—*(Excitadamente.)* Son un míster y una mistress Or-

mund. Llamaron desde Marlingset para saber si podrían quedarse el fin de semana... Quieren un dormitorio cada uno... y vienen ahora mismo. Ya cenaron en El Ciervo Blanco. ¿Y sabes lo que pienso?

SAM.—No lo sé.

SALLY.—Creo que ese mister Ormund es uno de los grandes Ormunds... Ya sabes, los de Ormund's Limitada.

SAM.—Si yo fuera él, no vendría aquí.

SALLY.—¿Qué sabes tú? Me dio la impresión de que tiene mucho dinero. Quería dos piezas y ni siquiera preguntó el precio ni nada. Estoy segura de que es uno de la firma Ormund's Limitada. El y su esposa... Serán buena compañía para míster Farrant.

SAM.—Te dije que llenaríamos las piezas en un momento. *(Pausa.)* ¿Te parece que ese tipo extranjero se habrá arreglado en Lane End?

SALLY.—Ni siquiera estaba seguro de si quería quedarse o no.

SAM.—Bueno, pero ahora le convendría esto. Tenemos un matrimonio para él, si eso es lo que quiere. *(Vuelve* FARRANT, *que ha cambiado de zapatos y se ha cepillado.)* Esta noche tendrá compañía, míster Farrant. *(Sonríe y sale.)*

SALLY.—Vienen míster y mistress Ormund, a pasar el fin de semana.

FARRANT.—*(Interesado.)* ¿Ormund?

SALLY.—Sí, y me parece que es uno de los grandes Ormund..., de Ormund's Limitada..., fabricantes. Supongo que habrá oído hablar de ellos.

FARRANT.—Debería haber oído hablar, al menos. Proporcionan la mayor parte del dinero para mi escuela.

SALLY.—Pues estoy segura de que este es uno de ellos. *(Se oye el motor de un auto pequeño.)*

FARRANT.—Sí. *(Pausa.)*

SALLY.—No, imposible que hayan viajado tan pronto desde Marlingset. *(Va hasta la puerta, mientras* OLIVER *observa perezosamente. Antes que pueda abrirla, el* DOCTOR GÖRTLER *entra lentamente, con una anticuada maleta. Mira a* SALLY, luego ve a OLIVER *y parece reconocerlo.* SALLY *lo mira, y luego a* OLIVER, *no poco perpleja.)*

DOCTOR GÖRTLER.—*(A* FARRANT, *con cierta vivacidad.)* ¿Se aloja usted aquí?

FARRANT.—Sí. *(Pausa. Cuidadosamente, el* DOCTOR GÖRTLER *deposita en el suelo su maleta. Hay algo definitivo en su modo.)*

DOCTOR GÖRTLER.—Soy el doctor Görtler.

FARRANT.—*(Algo perplejo.)* Yo me llamo Farrant, Oliver Farrant.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Profesor, verdad?

FARRANT.—Sí, soy director en Lamberton.

DOCTOR GÖRTLER.—Yo soy un exiliado de mi universidad... y de mi país, Alemania. Pero he cumplido algunas tareas sin importancia en la Universidad de Londres. *(Se vuelve a* SALLY.*)* ¿Y todavía no

tiene usted habtiación para mí? (SALLY *mira rápida e interrogativamente a* OLIVER. *El asiente tranquilizador.)*

SALLY.—Bueno, la verdad es que ahora sí tenemos, porque las tres señoras no vienen, y nos queda una habitación...

DOCTOR GÖRTLER.—Me gustaría muchísimo quedarme aquí.

SALLY.—*(Con tono comercial.)* Cobramos doce chelines y seis peniques por día..., todo incluido. Esto durante las fiestas, aunque realmente deberíamos cobrar más, ya que sería fácil encontrar huéspedes, pero...

DOCTOR GÖRTLER.—*(Sencillamente.)* Pero no quieren mostrarse codiciosos, ¿verdad?

SALLY.—*(Más bien sorprendida.)* No

DOCTOR GÖRTLER.—Me quedaré. ¿Puedo dejar el auto ahí por el momento?

SALLY.—Sí. Mi padre lo llevará al garaje.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Y mi habitación?

SALLY.—Está allí arriba.

FARRANT.—Al lado de la mía. Justamente me disponía a cenar, doctor Görtler ¿Por qué no lo hacemos juntos?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Incluyendo también a* SALLY.) Sí, gracias. Me gustaría cenar algo. Cualquier cosa.

SALLY.—Déjelo por mi cuenta. Mi padre le mostrará su habitación. *(Sale presurosa.)*

FARRANT.—El sitio es pequeño y sin pretensiones, pero la gente es encantadora... Estoy seguro de que se sentirá cómodo.

DOCTOR GÖRTLER.—Gracias.

FARRANT.—¿De qué se ocupa usted? ¿Ciencias?

DOCTOR GÖRTLER.—Me «ocupaba» de física y matemáticas.

FARRANT.—¿Y no lo hace ya?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con un leve encogimiento de hombros.)* Todavía enseño esos temas. Pero yo mismo... voy más allá.

FARRANT.—¿Investigación, verdad?

DOCTOR GÖRTLER.—Podríamos decir... exploración.

FARRANT.—*(Con una sonrisa.)* Ya sé. Geometría esférica. Las paralelas se encuentran. Dos ángulos de un triángulo no son mayores que el tercero. El pobre viejo Euclides puesto cabeza abajo... Tengo un profesor de matemáticas que habla de esas cosas, para divertirse... aunque no nos divierte a nosotros... *(Se interrumpe, y luego mira fijamente al* DOCTOR GÖTLER.) ¿Sabe usted?, debo de haber visto su fotografía en alguna parte.

DOCTOR GÖRTLER.—No, no lo creo. No soy un Einstein.

FARRANT.—*(Vacilante.)* Me pareció..., tuve la impresión de... reconocerlo.

DOCTOR GÖRTLER.—Con frecuencia nos parece que reconocemos a personas... y lugares.

FARRANT.—A mí no me sucede.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Ha estado usted enfermo?

FARRANT.—Me aconsejaron una breve temporada de reposo. *(Pausa, y luego continúa con cierta precipitación.)* Se dice que

cuando se produce un agotamiento nervioso, los dos hemisferios cerebrales no sincronizan. Entonces es cuando se produce la ilusión de que reconocemos alguna cosa. ¿No será esa la explicación?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, pero no creo en ella. No somos tan simples como bicicletas. *(Entra* SAM.)

SAM.—La cena está pronta, míster Farrant. (FARRANT *va a salir, mientras mantiene la puerta abierta.)*

FARRANT.—*(Al* DOCTOR GÖRTLER, *al salir.)* Nos encontraremos en el comedor, ¿verdad? *(Sale.)*

SAM.—*(Efusivamente.)* De manera que está usted de vuelta por aquí, míster. Sin duda querrá ver su habitación.

DOCTOR GÖTLER.—Sí, por favor. (SAM *se acerca a tomar la maleta del* DOCTOR GÖTLER, *y mientras habla vuelve con ella en dirección a la puerta que lleva a los dormitorios.)*

SAM.—No hacía cinco minutos que usted se había marchado, cuando las tres damas telefonearon para avisar que no podían venir, de modo que al final de cuenta nos quedó la habitación que usted justamente necesitaba.

DOCTOR GÖRTLER.—Pero... ¿Y los otros dos dormitorios?

SAM.—¡Ah, también los ocupamos en seguida! Míster y mistress Ormund vendrán esta misma noche.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Triunfalmente, con algo de maravilla, pero hablando para sí mismo.)* «So! So! Ich bin glücklich».

SAM.—*(Que ya está cruzando la puerta y empieza a subir la escalera.)* ¿Qué idioma es ese, míster? ¿Alemán?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí. Significa: «Tengo suerte». *(Salen, y sus voces se van perdiendo. La escena queda vacía. La luz empieza a declinar suavemente, pero todavía dura un resplandor. Hay una pausa, y luego vuelven el* DOCTOR GÖRTLER *y* SAM. *El* DOCTOR *dice:)* ¿Dice usted eso porque ha sido feliz aquí?

SAM.—Sí, no me puedo quejar. Nunca saqué mucho dinero de esto, pero he tenido todo lo que quise. No pido nada mejor, y no lo pediría si pudiese empezar de nuevo.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Interesado.)* ¿Dice usted eso con frecuencia?

SAM.—¿Digo qué?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Lentamente.)* Si pudiera empezar de nuevo.

SAM.—*(Sorprendido.)* Bueno, no..., no especialmente. Quiero decir que... es solo un modo de decir. Todo el mundo lo emplea. *(Entra* SALLY, *manteniendo abierta la puerta que da al bar.)*

SALLY.—*(No muy cordialmente.)* La cena está servida, doctor..., doctor...

DOCTOR GÖRTLER.—Gracias. *(Volviéndose casi con travesura hacia* SAM.) Amigo mío..., usted quizá podrá volver a empezar.

SALLY.—*(Desde el pasillo.)* Allí, eso es. Y si necesita alguna otra cosa, no tiene más que tocar el timbre. *(Lo observa al salir, y luego entra, cerrando la puerta.)* Si va a haber cuatro personas en esta sala, habrá que arreglarla un poco. *(Se pone a trabajar activamente, con alguna ayuda de* SAM. *Cambia la posición del moblaje, renueva el mantel de la mesa del centro, y por fin encien-*

de las luces y corre las cortinas.) ¿De qué estaba hablando ese doctor Görtler?

SAM.—Pues que a mí se me ocurrió decir: «Si pudiera empezar de nuevo», ya sabes en la forma en que uno lo emplea..., y a él la cosa le llamó mucho la atención. *(Repitiendo pensativo.)* «Si pudiera empezar de nuevo». Me parece una frase bastante vulgar.

SALLY.—*(En voz baja y gruñona, mientras se mueve de un lado a otro.)* Sí, claro que es vulgar. Y bastante tonta también. Para lo que te sirve a ti o a cualquiera imaginar lo que haría si pudiera empezar de nuevo. No hay la menor posibilidad, ¿no te parece? El tiempo sigue adelante, y te lleva con él, digas lo que digas..., y bien que lo sé yo.

SAM.—Claro. Pero eso vale tanto para ti como para cualquier otro, muchacha.

SALLY.—No estoy tan segura.

SAM.—Todos nos vamos poniendo viejos. Sally.

SALLY.—No quise decir eso. ¿Sabes, papá?, apenas hace cuatro años que Bob y yo vinimos a pasar las fiestas contigo. Y Charlie era un muchachito todavía... Los tres, aquí..., riendo y hablando, y pasando juntos todo el día... y nada que nos previniera que el fin estaba tan cerca...

SAM.—*(Confundido, cariñosamente.)* Sí, ya sé, muchacha..., pero no pienses en eso.

SALLY.—No hace tanto, pero el tiempo ha corrido... Me llevó a Bob... y Charlie ha crecido, y ya no me necesita como antes... Yo podría ser ya casi una vieja, preguntándome dónde irán a enterrarme...

SAM.—Vamos, Sally, muchacha..., las cosas no están tan mal, después de todo.

SALLY.—Quizá me queden treinta años de vida... y los cambiaría enteros por aquella semana que pasamos aquí, hace cuatro años... ¿Pero de qué sirve decirlo?

SAM.—Es cierto. Pero tómalo con calma. Ya olvidarás.

SALLY.—Sí, olvidaré. Ya estoy olvidando. No escucho la voz de Bob con la misma claridad que la escuchaba hace un año o dos. Hasta eso me está robando ahora... Eso es lo que nos hace el tiempo..., y si es una idea de Dios, no seré yo quien le dé las gracias. *(Las cortinas han sido corridas, y brillan las luces.* SALLY *examina el salón con aire crítico.)* Bueno, no creo que pueda mejorarlo mucho más. A veces se me ocurre que no sería mala idea traer aquí la mesa grande, y convertir la sala en el comedor... Quiero decir, para la gente que se queda. Pero está muy lejos de la cocina. *(Calla un momento, y entonces se oye la bocina de un automóvil grande.)* Deben de ser míster y mistres Ormund. Oye, tengo que ir arriba a echar una ojeada a los cuartos. Tú ve a ocuparte de su equipaje. *(Sale precipitadamente.* SAM *se asoma a la puerta que da al exterior, dejándola abierta al pasar. Se oyen voces fuera. Pausa. Luego* JANET ORMUND *entra lentamente. Es una mujer sensitiva y agradable, de unos veintiocho años; viste ropas*

adecuadas para el campo, de estilo sencillo, pero costoso. Entra en la sala con lenta indiferencia, pero súbitamente se detiene rígida, frunce el ceño, mira con incredulidad en torno, y lo examina todo ansiosamente, pero sin moverse mucho. Es evidente que ha reconocido algo, pero que a ello se mezcla la incredulidad. El reloj da la hora. Una súbita oleada de emoción la hace sentirse como al borde del desvanecimiento, y se deja caer en una silla, exhausta, respirando pesadamente. Entra entonces su esposo, WALTER ORMUND. *Es un hombre corpulento, de algo más de cuarenta años, cuyos modales varían entre una autoridad alerta y pronta y una meditabunda melancolía. Viste «tweeds» de color suave, la ropa que un hombre elige para su oficina antes de marcharse al campo. Trae una cartera para documentos muy usada. Ni siquiera mira el salón, pues toda su atención se concreta en su esposa.)*

ORMUND.—¿Qué pasa, Janet?

JANET.—Me siento un poco débil. *(Se ve que está luchando por reaccionar. El quisiera ayudarla, pero no sabe cómo, y se queda indefenso y turbado. Ella mira en torno, y luego fija su vista en él.)*

ORMUND.—El cansancio, sin duda.

JANET.—No... No estoy cansada... De veras. *(Mira en torno otra vez, luego a* ORMUND.*)* Tuve... como un sentimiento de... este cuarto... *(Renuncia a explicar.)*

ORMUND.—No tenemos por qué quedarnos aquí, si no quieres.

JANET.—No.

ORMUND.—Podríamos seguir. Tenemos mucho tiempo por delante.

JANET.—Claro que sí.

ORMUND.—No tengo más que decirles: «Lo siento, no es el tipo de lugar que nos gusta», darles algo por la molestia, y marcharnos.

JANET.—Sí, es bien sencillo. Y también... confortante.

ORMUND.—*(Con un toque burlesco.)* Quieres decir... que uno de nosotros no se ha enfermado..., que el auto no se ha roto súbita y misteriosamente..., que no hay niebla, ni inundación, ni alud... Ninguna de esas siniestras cosas compulsivas, ¿verdad?

JANET.—*(Con una sonrisa.)* No, ninguna. *(Luego, con súbita seriedad.)* Somos completamente libres. Podemos elegir. Nada nos obliga.

ORMUND.—Naturalmente. Podemos irnos ahora mismo. No tienes más que decírmelo.

JANET.—¿Por qué no lo dices tú?

ORMUND.—*(Yendo hacia la puerta.)* Perfectamente, lo diré yo. Vámonos.

JANET.—*(Vacilando, y luego con una ligera risa.)* No. Nos quedaremos.

ORMUND.—*(Con un toque de amargura.)* Cualquier cosa por un cambio, ¿eh?

JANET.—Walter..., ¿es esa una de las observaciones que prometiste no hacer?

ORMUND.—*(Pesaroso.)* ¡Oh!... Espero que no.

JANET.—Sonaba como el comienzo de una de ellas. Acuérdate que prometiste... Juega limpio.

ORMUND.—*(Que quisiera jugar limpio.)* Estoy tratando de hacerlo, Janet. Con toda mi fuerza. Solo que... me parece que estoy en la única situación en el mundo donde a un hombre le es imposible jugar limpio. No tienes idea del trabajo infernal que es.

JANET.—Ya sé, Walter.

ORMUND.—*(Sin violencia.)* No lo sabes.

JANET.—No..., esa es la cosa..., supongo; que no lo sé. *(Mirándolo con algo de piedad, pensativa.)* Pero... para sentirnos cómodos y amigos por una vez... no discutamos, no hagamos reproches... Eso será ya algo, ¿verdad?

ORMUND.—Sí, será algo.

JANET.—*(Entre riendo y ofendida.)* ¡Oh, Walter! ¡Tienes un modo de decirlo!

ORMUND.—No, no, de ninguna manera quería significar eso. Realmente estoy haciendo todo lo que puedo. Tienes razón. ¡Vaya si tienes razón! Y eso es ya algo.

JANET.—Yo también haré todo lo que pueda.

ORMUND.—Y yo más que eso. Ya verás. Bonito. Fácil. Amistoso. Todo de conformidad con el plan. *(Mira en torno, silbando suavemente. Ella lo observa, y él cesa de mirar y le dedica una sonrisa cuidadosamente reconfortante. Ella se la devuelve, pero continúa, no obstante, preocupada. Entra* SALLY *con un manifiesto sentido de la importancia de la ocasión.)*

SALLY.—*(Algo entrecortadamente.)* Buenas noches. Míster y mistress Ormund, ¿verdad?

JANET.—Sí.

SALLY.—Avisaron ustedes que querían las dos habitaciones, ¿no es cierto?

ORMUND.—*(Con buen humor.)* Sí. Necesito una habitación para mí, porque a veces me despierto a mitad de la noche y empiezo a emborronar con números pedazos de papel, y luego... tengo que fumar. Sí. ¿Están asegurados contra incendio?

SALLY.—Sí, claro que sí.

ORMUND.—Entonces está muy bien. Fumaré muchísimo y llenaré de agujeros sus mejores sábanas.

SALLY.—*(Entrando en el juego.)* Y yo se las haré pagar, téngalo por seguro, míster Ormund. *(A ambos.)* Supongo que querrán ver las habitaciones.

ORMUND.—Hazlo tú, Janet. Yo tengo que telefonear a Sykes. *(Salen* JANET *y* SALLY. ORMUND *llama por teléfono.)* Central... ¿Central? Este número es... Grindle cinco. Con Bresham sesenta y siete... Sí, Bresham sesenta y siete... Muy bien... *(Espera, con el auricular en el oído. Entra* SAM.*)*

SAM.—Ya he subido sus maletas, señor, y el auto está en el garaje.

ORMUND.—Gracias. Tráigame un buen «whisky» con soda, por fa-

vor. MacFarlane, si tiene esa marca. *(En el teléfono, mientras* SAM *sale.)* Hola. ¿Bresham? ¿Es usted, Sykes? Habla Walter Ormund. Estamos instalados en una pequeña posada en los páramos... El Toro Negro, Grindle. El número telefónico es Grindle, cinco... Sí, llámeme y me encontrará aquí..., no andaré muy lejos. Sí... Bueno, dedíquese a los gastos de plaza, y yo haré el resto. Tengo aquí toda la información, incluso el informe de Orgenbaum... ¿Quién? ¿Pensfield? No, no va a molestarnos. Le ofreceré un sillón en el directorio, y así se quedará quieto... ¡No, él no! Sé demasiado sobre él... *(Entra* SAM *con el «whisky» y la soda, y cuando pasa a su lado,* ORMUND *toma el vaso con no poca sorpresa de* SAM *y bebe un largo trago mientras escucha.* SAM *lo mira jocosamente, y sale.)* Sí..., no hay nada en eso, Sykes... Agregue un dos y medio por ciento en gastos generales... Yo le telefonearé antes del domingo por la mañana... Bueno, trabaje toda la noche, entonces... Póngase una toalla mojada en la cabeza y tenga una botella de «whisky» en su escritorio... ¡Tonterías! Los feriados son para los muchachos, no para los hombres... Ya sé, ya sé de sus niños, pero pueden arreglarse muy bien sin usted... Perfecto. Cuento con usted. Adiós. *(Cuelga, lleva la bebida a la mesa y saca del bolsillo un sobre viejo, donde toma unas notas rápidas. Luego mira lo que ha escrito, tan absorto que no advierte la entrada de* JANET, *que aparece silenciosamente. Ella lo observa beber distraídamente de su vaso.)*

JANET.—Walter, ya bebiste varios «whiskies» en el sitio donde cenamos.

ORMUND.—Ya lo sé. Y varios otros antes. Y ahora estoy tomando otro. Y lo que te digo es esto: Si la única manera de obtener dividendos para varios cientos de accionistas y sueldos para varios miles de empleados consiste en beberme varios «whiskies», entonces tengo que beberme varios «whiskies».

JANET.—¿Pero no pensarás trabajar este fin de semana?

ORMUND.—*(Sentándose, con sus notas.)* Tengo que hacerlo. Acabo de telefonear a Sykes. Hay un gran plan que debe quedar listo antes del miércoles.

JANET.—Esto no va a ser un gran cambio para ti, entonces. Más trabajo..., más «whisky»...

ORMUND.—Un cambio sería esperar demasiado. Con que pueda mantenerme..., simplemente mantenerme..., será bastante.

JANET.—*(A la vez entristecida y protestando.)* No te puedo culpar por mostrarte amargo, Walter; pero no creo que esto vaya a ayudarnos mucho.

ORMUND.—*(Sinceramente.)* ¡Amargo! No me estoy mostrando amargo en absoluto, querida. *(Toma un gran trago.)*

JANET.—*(Percibiendo tal vez el olor de la bebida al acercarse a su marido.)* ¡Qué bebida más odiosa! No sé cómo puedes seguir bebiendo y bebiendo.

ORMUND.—Hay un excelente motivo por el cual las destilerías siguen trabajando a todo vapor. Están ocupadísimas dándonos Va-

lor de las Altas Tierras por cajones. Fe y Esperanza a doce chelines seis peniques la botella. Amor garantizado por siete años.

JANET.—Dentro de un minuto, Walter, me estarás atacando otra vez.

ORMUND.—No, no, nada de eso. No te ataco, defiendo el «whisky». Puedes confiar en él. No cambia de ideas, no piensa que está enamorado de ti y de golpe descubre que no era así. Quizá este año tenga un poquitín más de alcohol amílico que el año pasado, pero esa es toda la diferencia. Y por eso la gente del mundo entero se envenena con tanta constancia a su lado.

JANET.—Si te emborrachara del todo, quizá yo no haría objeciones.

ORMUND.—Mi querida Janet, te marcharías de mi lado instantáneamente.

JANET.—No. Lo malo es que solamente te pone lúgubre.

ORMUND.—No, si derramo cantidad suficiente sobre las tinieblas de aquí dentro, empiezan a surgir cosas, bellísimas imágenes que asoman y brillan. Venus surge en un mar de «whisky» y soda, y hay muchísimas muchachas sonrientes y amables, todas bastante parecidas... *(Se interrumpe bruscamente.)* ¿Están bien las habitaciones?

JANET.—*(Agradecida por la transición.)* Sí. Unas vecinitas muy raras, y un precioso olor a campo.

ORMUND.—¿Animales de porcelana coloreada?

JANET.—Sí. Perros con largos cuellos. En mi cuarto tienen manchas azules, y en el tuyo, rojas.

ORMUND.—¡Magnífico! Hace años que no veo ninguno de esos animales, y me gustan mucho.

JANET.—*(Esperanzada.)* Me parece que esto te va a gustar.

ORMUND.—*(Con un brusco cambio.)* No. *(Termina de beber.)* No puedo dejar de pensar que nos equivocamos viniendo aquí.

JANET.—*(Suavemente.)* La idea fue tuya.

ORMUND.—Muchas ideas mías son malas. Esto es demasiado chico, demasiado silencioso. Nos arroja directamente hacia nosotros mismos...

JANET.—Eso es bueno.

ORMUND.—Es bueno cuando las gentes se entienden entre sí. Pero cuando están tratando de mostrarse naturales y amistosas, y una de ellas ha muerto para la otra como si fuera el sombrero más viejo del año pasado, entonces, si les queda algún sentido común, lo que buscan es algún lugar grande y lleno de bullicio, donde atruene el «jazz band» y no se pueda pensar. Yo ya he empezado a pensar... *(Entra* FARRANT *y se detiene bruscamente.* JANET *y él se miran. Luego* ORMUND *mira a su vez, y en ese momento suena el reloj como si hubiera estado esperando ese instante. Por un momento reina una extraña tensión.)*

FARRANT.—*(Con cierto esfuerzo.)* Será mejor que nos presentemos. Me llamo Farrant.

ORMUND.—*(Que se ha recobrado.)* Pero, claro, usted es Oliver

Farrant, el director de Lamberton. Yo soy Walter Ormund. Mi esposa.

FARRANT.—No me imaginé encontrar aquí a uno de los administradores del colegio.

ORMUND.—*(Sin darle importancia.)* Estuve demasiado ocupado para llegarme hasta el colegio, pero soy uno de los administradores que le confiaron la dirección. Pensé que hacía falta un hombre joven.

FARRANT.—*(Sonriendo.)* Y tenía razón.

ORMUND.—¿Pero qué está haciendo aquí? ¿No es período de clases?

FARRANT.—Me aconsejaron que tomara un descanso.

ORMUND.—¿Exceso de trabajo?

FARRANT.—Eso es lo que me dijeron. Yo siento más bien que estoy haciendo trampa. Camino millas y millas diariamente, como por cuatro...

ORMUND.—*(Mirándolo fijamente.)* Sin embargo, me da la impresión de estar un poco nervioso.

JANET.—¿Y cómo se le ocurrió venir aquí?

FARRANT.—Mistress Pratt..., la hija del hotelero, tiene un chico que estudia en Lamberton. Fue él quien me habló de este albergue.

JANET.—Mistress Pratt me estuvo hablando de su hijo. ¿Es un chico inteligente?

FARRANT.—*(No del todo convincente.)* Sí, tiene una mente despejada. Es la clase de muchacho que me hace sentirme contento de ser un maestro de escuela. Es seguro que más adelante podrá ganar una beca para Oxford. Tenemos muchos chicos de esa clase.

JANET.—¿Qué quiere decir? ¿Inteligentes, o alude usted a su extracción?

FARRANT.—*(Con cierta deliberación.)* Quiero decir... muchachos inteligentes que pertenecen a esa clase social. Muchos de ellos son inteligentes, ¿sabe usted?

JANET.—*(A quien no le gusta ese tono.)* Nunca se me ocurrió pensar que no lo fueran.

FARRANT.—Y parte de nuestros propósitos en Lamberton consiste en estimularlos.

ORMUND.—*(Secamente.)* Sí, eso fue parte de «nuestro» propósito cuando levantamos el colegio.

FARRANT.—Lo siento. Me había olvidado.

ORMUND.—No tiene importancia. ¿Bebemos una copa?

FARRANT.—No, gracias. Acabo de cenar.

ORMUND.—Hay un bar aquí, ¿verdad?

FARRANT.—Sí, pero la conversación no es muy divertida.

ORMUND.—*(Renunciando casi a proseguir, como si no hallara interés.)* ¿Quiénes más viven aquí?

FARRANT.—Está el doctor Görtler.

ORMUND.—¿Alemán?

FARRANT.—Sí, profesor de matemáticas y refugiado. A juzgar

por nuestra charla durante la cena, parece haberse alejado muchísimo de las matemáticas. Realmente no alcancé a entenderlo.

JANET.—¿Por qué?

FARRANT.—¡Oh..., parece como si se estuviera volviendo hacia la mística! Probablemente ha visto muchos horrores. El intelecto alemán no siempre resiste esa tensión. Si quieren ustedes que hablemos del colegio, volveré a bajar luego. *(Hace una inclinación de cabeza y sale, cerrando la puerta.* JANET *y* ORMUND *se miran.)*

ORMUND.—*(Calmosamente.)* Sin haberlo conocido personalmente, apoyándome solo en sus antecedentes... y venciendo considerables objeciones..., fui yo quien hizo de ese joven el director de Lamberton.

JANET.—*(Con cierta dureza.)* Ya sé que fuiste tú, querido.

ORMUND.—¿Y bien?

JANET.—*(Irónicamente.)* ¡Oh, un joven sumamente encantador, cordial, modesto, sin la menor infatuación ni dogmatismo..., realmente agradable!... ¿Eh? *(Ríe.)*

ORMUND.—Sí, es algo extraordinario. Fíjate que me interesé por él nada más que leyendo sus antecedentes. Y además «tiene» un excelente aspecto. En realidad, debería ser un individuo sumamente atractivo. Y, sin embargo..., ahí lo tienes. *(Se ha levantado y se encamina hacia la puerta que lleva al comedor y al bar. Esto lo coloca frente a frente con el* DOCTOR GÖRTLER *que en ese momento entra. El* DOCTOR GÖRTLER *mira con curiosidad a los* ORMUND, *especialmente a* JANET, *y luego se pone ceremonioso.)*

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con una pequeña inclinación.)* Doctor Görtler. ¿El señor y la señora Ormund?

ORMUND.—Sí. Buenas noches.

JANET.—Buenas noches.

DOCTOR GÖRTLER.—Y una muy hermosa noche.

JANET.—Sí, ¿no es cierto?

ORMUND.—¿No quiere beber una copa conmigo?

DOCTOR GÖRTLER.—No, muchas gracias.

ORMUND.—¿Janet?

JANET.—No, Walter, gracias.

ORMUND.—*(Gravemente.)* Entonces... me parece que probaré en el bar. *(Al oír el murmullo de protesta de* JANET.) No, no. Estaré pronto de vuelta. *(Sale. El* DOCTOR GÖRTLER *se sienta, y mira amistosa pero muy deliberadamente a* JANET, *quien le sonríe a su vez.)*

JANET.—¿Ha estado usted antes aquí, doctor Görtler?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Observándola.)* No. ¿Y usted?

JANET.—*(Frunciendo ligeramente el entrecejo.)* No, no he estado... En realidad, no.

DOCTOR GÖRTLER.—No parece usted muy segura.

JANET.—*(Lentamente.)* Me he estado preguntando...

DOCTOR GÖRTLER.—*(Al verla vacilar.)* ¿Qué?...

JANET.—Me preguntaba si no podría haber estado aquí otra vez, siendo muy pequeña. *(Se interrumpe, mirándolo, y luego aparta los ojos. Pausa.)*

DOCTOR GÖRTLER.—Mistress Ormund, soy un estudioso... que ya está muy viejo. A veces los estudiosos no tenemos modales muy refinados. No quisiera que pensara que soy... inquisitivo o impertinente.

JANET.—*(Con una ligera sonrisa.)* No se me ocurrió tal cosa.

DOCTOR GÖRTLER.—Ultimamente he estado ampliando mis estudios..., incluyendo en ellos la mente humana. De manera que ando por ahí haciendo preguntas.

JANET.—Si con eso quiere decir que desea interrogarme, puede hacerlo. Pero no creo que le resulte útil. Siempre me ha parecido que los psicoanalistas lo exageran todo monstruosamente. No puedo creer que todos los pequeños temores o fantasías que uno tiene puedan poseer un interés o un valor tan grande.

DOCTOR GÖRTLER.—Hasta hace muy pocos años, hubiera estado de acuerdo con usted. Pero ahora veo que no nos comprendemos a nosotros mismos, la naturaleza de nuestras vidas. Lo que parece estar ocurriendo continuamente, al borde de nuestra atención..., los pequeños temores y fantasías, como usted los llama..., pueden ser de máxima importancia, porque pertenecen a una realidad más profunda, como los vagos ruidos de la ciudad que escuchamos a veces desde el interior de un teatro.

JANET.—¡Oh! *(Lo mira fijamente, casi aterrorizada.)*

DOCTOR GÖRTLER.—¿Qué sucede?

JANET.—*(Vacilante, maravillada.)* Es que... de pronto sentí..., hubiera podido jurarlo..., que usted ya me había dicho eso antes... Usted y yo... sentados, hablando como ahora..., y entonces usted dijo... «Porque pertenece... a una realidad más profunda..., como los ruidos de la ciudad que escuchamos a veces desde el interior de un teatro...» *(Rechaza la idea, y agrega presurosa:)* Lo siento mucho. Debo de estar cansada. *(Pausa.)*

DOCTOR GÖRTLER.—Mistress Ormund..., ¿qué la decidió a venir aquí?

JANET.—¡Oh!..., pura casualidad. Queríamos pasar el fin de semana en alguna parte del campo. Un hombre del hotel donde cenamos esta noche..., hace apenas una hora..., sugirió este lugar. Nunca lo había oído mencionar antes.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Ocurrió todo de manera ordinaria, común?

JANET.—Sí..., hasta que estábamos en el auto, viniendo hacia aquí...

DOCTOR GÖRTLER.—¿Y entonces?

JANET.—Me resulta... difícil de explicar... *(Se interrumpe, y luego prosigue presurosamente.)* De pronto empecé a sentirme excitada..., sin motivo alguno, al parecer... Mi corazón palpitaba terriblemente... Nos detuvimos una vez..., solo un instante, para asegurarnos de que estábamos en el buen camino... Al lado del camino había campanillas blancas..., nada más que unas campanillas blancas... Claro que resultaban preciosas allí..., blancas, frágiles, perfectas, al borde del enorme páramo negro... Debe de haber sido eso..., solamente eso... Pensar otras cosas es tonto.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Lentamente.)* ¿No ha habido en su vida un momento de crisis que usted asocie con esas flores?

JANET.—*(Lentamente, y mirándolo.)* No. Pero eso es exactamente lo que sentí al verlas.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Apremiándola.)* ¿Y luego llegaron aquí?

JANET.—*(Con alguna lentitud.)* Sí. *(Hay una pausa prolongada, durante la cual el* DOCTOR GÖRTLER *se levanta y se acerca a* JANET.)

DOCTOR GÖRTLER.—¿Ha conocido a míster Farrant?

JANET.—Sí. Pero solo hemos hablado un momento.

DOCTOR GÖRTLER.—Es muy joven para un puesto de tanta responsabilidad.

JANET.—Sí.

DOCTOR GÖRTLER.—Pero eso no tiene importancia, naturalmente. Ha tenido suerte, pero la merece. Muy inteligente... y sumamente simpático. Lleno de buenos sentimientos, además... *(La mira interrogativamente.)*

JANET.—*(Algo secamente.)* Sin duda ha de ser así, doctor Görtler. *(Mientras él la contempla pensativo.)* ¿Por qué me mira de esa manera?

DOCTOR GÖRTLER.—Perdóneme. Estaba pensando. *(Pausa.)* Míster Ormund... ¿también tuvo esas sensaciones... esta noche?

JANET.—*(Con una ligera sonrisa.)* Sería mejor que se lo preguntara usted mismo.

DOCTOR GÖRTLER.—Lo haré.

JANET.—*(Algo apresurada y reasumiendo sus modales más afables.)* Puede ser que lo encuentre... algo difícil. Quiero decir que no debe preocuparse si lo nota algo brusco..., extraño.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Por qué habría de preocuparme? También yo soy brusco... y extraño.

JANET.—En realidad él es sumamente amable y considerado, cuando se llega a conocerlo; pero tiene que soportar las más tremendas responsabilidades. Yo pensaba que podría tomarse un descanso este fin de semana, pero ha traído una cantidad de trabajo consigo. Trabaja demasiado.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Serenamente.)* Sí, pienso que es un hombre desdichado.

JANET.—*(Herida y con voz llena de reproche.)* ¡Doctor Görtler...! *(Dejando caer la máscara social.)* ¿Por qué dice eso?

DOCTOR GÖRTLER.—He visto bastante desdicha para no reconocerla. *(Entra* FARRANT, *desde su cuarto, con un gran libro bajo el brazo.* JANET *y él cambian una rápida mirada. El* DOCTOR GÖRTLER *los contempla.* FARRANT *cruza hasta el escritorio y se sienta para leer. El silencio es perceptible. Evidentemente a* JANET *no le agrada esto.* El DOCTOR GÖRTLER *está interesado, vigilante.)*

JANET.—*(Que se siente forzada a romper el horrible silencio.)* ¿Cuáles son sus materias especiales, míster Farrant?

FARRANT.—*(Manteniendo el libro abierto de manera demasiado cuidadosa.)* Historia y economía.

JANET.—*(Dando lo mejor de sí.)* No me gusta la economía. Ja-

más me parece verdadera. Pero me gustaría saber más historia..., la historia verdadera, no esas nociones resecas que me enseñaban cuando iba a la escuela. Siempre tengo la intención de aprender más.

FARRANT.—*(Con cierto aire profesoral.)* Sí, es algo que nos rodea, ¿sabe? No se trata de algo muerto y acabado. La estamos haciendo todo el tiempo.

JANET.—Yo no siento que esté haciendo mucha historia.

FARRANT.—No, pero una vez que advierta que está en la historia, ayudando a hacerla, la verá de manera muy distinta en su totalidad. Así es como tratamos de enseñarla ahora. Yo enseño a los chicos a que adviertan la interdependencia en que nos encontramos.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Que no ha perdido una sola palabra.)* Sí, somos como hebras en un tejido.

FARRANT.—He aquí un excelente ejemplo de dependencia mutua..., verdaderamente un tejido, para usar su expresión..., en esta posada. Sam y mistres Pratt viven pendientes del hijo de esta, Charlie...

DOCTOR GÖRTLER.—Que está en su colegio. De manera que los dos cuentan con usted.

FARRANT.—Sí. Pero el colegio depende en parte de los Ormund. y especialmente de su esposa, mistress Ormund... *(Le interrumpe la entrada de* SALLY, *seguida un momento después por* ORMUND.)

SALLY.—Perdón, mistress Ormund. Quería decirle que servimos el desayuno a las ocho y media, si no es demasiado temprano para ustedes.

JANET.—No, me gusta a esa hora, mistress Pratt.

SALLY.—¿Y para usted está bien, doctor Görtler?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, gracias.

SALLY.—¿Y no querría una taza de té algo más temprano, mistress Ormund?

JANET.—No, muchas gracias. ¿Y tú, Walter?

SALLY.—¡Oh!... Perdone usted.

ORMUND.—*(Adelantándose.)* No es nada. No, no quiero té mañana. Ni tampoco desayuno. Solo un jarro de café, a eso de las nueve y media.

SALLY.—Muy bien, míster Ormund.

FARRANT.—*(Algo perentoriamente.)* Mañana estaré fuera todo el día, de modo que quisiera unos «sandwiches» por la mañana.

SALLY.—Muy bien, míster Farrant.

ORMUND.—*(A* FARRANT.) ¿Irá a recorrer los páramos todo el día?

FARRANT.—Estaré fuera todo el día, pero no sé si andaré por los páramos.

ORMUND.—*(A* JANET.) Eso es lo que tú querías, ¿verdad? Mejor que salgas con él.

JANET.—*(Desmayadamente.)* Pero... ¿y qué vas a hacer tú?

ORMUND.—¡Oh!, trabajaré un poco... y después daré unas vueltas.

Mejor que tú te asocies con Farrant. *(A* FARRANT.) Sabe caminar, sépalo.

FARRANT.—*(Visiblemente sin entusiasmo.)* Bueno..., puede ser una caminata un tanto fatigosa... Pero, naturalmente, si le gusta venir...

JANET.—*(Furiosa con los dos hombres.)* No, gracias. Tal vez necesite algunos «sandwiches», señora Pratt. Ya le avisaré por la mañana. (ORMUND *va hacia la puerta que da al exterior y se queda mirando afuera.)*

SALLY.—Sí, mistress Ormund. Mañana tendré un día pesado... Sábado, y mucha gente que querrá almorzar y tomar el té... De modo que creo que voy a acostarme temprano esta noche.

JANET.—Sí, claro está.

SALLY.—*(Algo turbada.)* Nos sentimos muy honrados de tenerlos aquí a usted y a míster Ormund. Casi todo el dinero que mi padre y yo hemos reunido... y que ahorramos para ayudar más adelante a nuestro Charlie..., está en valores de Ormund's Limitada.

JANET.—¿Oíste, Walter? Estás entre accionistas, de modo que ten cuidado.

ORMUND.—*(Volviéndose a medias, con un quejido burlón.)* Ya sé, ya sé.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Ve usted? Todavía hay más dependencia.

SALLY.—*(Que desconfía de esto.)* ¿Qué quiere decir?

JANET.—Suena como un insulto, pero no lo es. Hemos descubierto hace un momento, cuánto dependemos los unos de los otros. Usted se halla incluida, porque su chico está en el colegio de míster Farrant.

SALLY.—Y mucha suerte la suya al estar allí, con míster Farrant que se ocupa de él.

JANET.—Y ahora usted nos dice que tiene dinero en Ormund's Limitada.

FARRANT.—Y el colegio depende en parte de Ormund. Lo cual me incluye a mí.

JANET.—Y yo, por cierto, soy una de las dependientes. Tú, Walter, eres el único realmente grande aquí, el gigante Atlas en persona. Todos dependemos de ti, pero tú no dependes de nadie.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Calmosamente, pero sobresaltándolos a todos.)* Nein! *(Todos los miran.)* Míster Ormund depende en mucho de otra persona. *(A* JANET.) Depende de usted..., su esposa.

ORMUND.—*(Con una tranquila, fría cólera.)* Esa no es la clase de observaciones que nos agradan en este país, estimado señor, cuando provienen de un extranjero.

JANET.—¡Walter!

DOCTOR GÖRTLER.—*(Levantándose.)* Lo siento mucho. Soy..., como usted lo ha dicho..., un extranjero... en tierra extranjera.

JANET.—Está muy bien, doctor Görtler.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Mientras va hacia la puerta que lleva a su habitación.)* Buenas noches.

ORMUND.—*(Acercándose.)* No, doctor. No debería haber hablado como lo hice. Por favor, no se ofenda.

DOCTOR GÖRTLER.—No estoy ofendido. Solamente cansado. Por favor, no se excuse. Buenas noches. *(Los demás contestan el saludo, y lo observan salir, hasta que la puerta se cierra a sus espaldas.)*

SALLY.—*(Bajando la voz dubitativa.)* Espero que todo irá bien.

JANET.—¡Cómo, mistres Pratt! ¿Qué hay de malo?

SALLY.—Quiero decir... él en nuestra casa...

ORMUND.—Está perfectamente bien así. ¿Por qué no?

SALLY.—Porque... En fin, míster Ormund... Es que siempre anda dándole sustos a una.

FARRANT.—*(Vivamente.)* ¡Vamos, míster Pratt! ¡Nada más que porque es un extranjero...!

SALLY.—No, no es eso, míster Farrant. Cierto que no estoy acostumbrada a los extranjeros. ¿Pero qué hace aquí?

ORMUND.—¿Y qué hacemos todos los demás?

SALLY.—No. Es distinto, míster Ormund. ¿Por qué tenía que venir aquí preguntando por ustedes?

ORMUND.—*(Perplejo.)* ¿Preguntando por quién?

SALLY.—Por ustedes tres. *(Este ponerlos a los tres juntos—por primera vez—tiene un efecto inmediato, como si coincidiera con un profundo y oscuro sentimiento que todos ellos están experimentando. Hay una pausa, antes de que* SALLY *prosiga.)* Viene..., mira alrededor... y cuando le digo que no quedan habitaciones libres porque esperamos a tres visitantes..., me pregunta si dos de ellos son un matrimonio..., el hombre mayor que su esposa... y el tercero más joven. Y cuando le digo que no, que estamos esperando a tres señoras de Manchester, se queja como defraudado, y dice algo sobre que es el año equivocado. Entonces se va, y justamente después las tres mistress avisan que no pueden venir, y ustedes telefonean pidiendo habitaciones... y cuando vuelve queda un cuarto para él también, todos ustedes están aquí... y eso es justamente lo que él esperaba.

ORMUND.—¡Bah!, estaba buscando a alguien, y luego renunció.

SALLY.—¡Y además la sobresalta a una en tal forma! Me hace sentirme muy rara. *(Breve pausa.)* ¿No necesitará nada más, mistress Ormund?

JANET.—No, gracias, mistress Pratt. Buenas noches.

SALLY.—Buenas noches. *(Los dos hombres le contestan mientras sale.* ORMUND *extrae unos papeles de su cartera, preparándose a trabajar.* FARRANT *reanuda su lectura.)*

JANET.—*(Que evidentemente ha estado pensando en todo eso.)* ¿Cómo es posible que estuviera buscándonos?

ORMUND.—*(Atareado con los papeles.)* Imposible.

FARRANT.—*(Alzando la mirada, con un tono ligero y natural.)* La llegada de un extranjero misterioso, sumada a una coincidencia, ha resultado demasiado para la pobre mistress Pratt. Y las

maneras proféticas de Görtler no han hecho más que empeorar las cosas.

ORMUND.—Sí, el hombre se busca las dificultades, al parecer.

JANET.—*(Luego de pensar un momento.)* Bueno, estoy muy cansada, Walter. *(Yendo hacia la puerta.)* Tu cuarto es el más alejado.

FARRANT.—*(Como por casualidad.)* Me pareció como si lo hubiera encontrado antes de ahora. *(Suena el reloj.)*

JANET.—*(Ya en la puerta, volviéndose rápidamente.)* ¿Usted? ¿Dónde?

FARRANT.—Esa es la cosa. No puedo acordarme.

JANET.—*(Insinuando.)* ¿Le... preocupa?

FARRANT.—*(Ligeramente sorprendido.)* Sí..., un poco. ¿Por qué?

JANET.—Yo... me preguntaba. *(Pausa, hasta que vuelve sobre sus pasos.)* Walter, ¿dejarás de trabajar un instante?

ORMUND.—*(Alzando la vista de sus papeles, mira primero a* JANET, *luego a* FARRANT, *luego otra vez a* JANET, *con un aire frío y lleno de mal humor.)* ¿Quieres que te lo diga todo? Los tres estamos un poco descentrados. Farrant dice que ha trabajado demasiado y que el médico lo mandó a descansar. Yo me he pasado años medio loco. Y en cuanto a ti, Janet, eres una joven siempre dispuesta a que te echen las cartas y te hagan el horóscopo, siempre nostálgica de maravillas y milagros, rechazando incluso la cordura.

JANET.—*(Con una sonrisa.)* Sí, es así; tan sencillo... y tan tonto. *(Va hacia la puerta.)* Buenas noches. *(Ya está en la puerta. Los hombres se levantan y la saludan. Los mira un momento, luego inclina la cabeza y sale.* ORMUND *se sienta otra vez para reanudar su trabajo, pero* FARRANT *se queda en pie.)*

FARRANT.—*(Después de na pausa.)* Ormund..., confío en que... me permitirá usted que le hable sobre el colegio en algún momento.

ORMUND.—Naturalmente que sí. Pero no ahora, por favor.

FARRANT.—*(Tras otra pausa, y con algo de nerviosa desconfianza.)* Estoy... más bien preocupado... *(Hace una pausa, y* ORMUND *lo mira.)* Siento como si... en cierto modo... no hubiera logrado producir una buena impresión...

ORMUND.—¿En mí o en mi mujer?

FARRANT.—En los dos.

ORMUND.—Estoy de acuerdo con usted en eso.

FARRANT.—¿Le molestaría decirme... por qué?

ORMUND.—Mi querido muchacho, no tengo la más ligera idea. De manera que olvidemos el asunto. *(Pasando a otro tema.)* ¿Qué libro es ese?

FARRANT.—«Nuevos caminos de la ciencia». Quizá le interese hojearlo más tarde. Contesta a un montón de cosas que me venían preocupando.

ORMUND.—*(Ligeramente, pero con un dejo de desesperación.)* Sí, pero... ¿contesta las preguntas que me preocupan «a mí»?

¿Quiénes o qué somos? ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué demonios es todo lo que nos rodea?

FARRANT.—Me temo que no.

ORMUND.—Ya me lo imaginé. ¿Se va a dormir?

FARRANT.—*(Yendo hacia la puerta.)* Sí. Buenas noches.

ORMUND.—*(Sumiéndose en su trabajo.)* Buenas noches. (ORMUND *trata de concentrarse en su tarea, pero no lo consigue, y da la impresión de estar hostigado por algún pensamiento desesperante. Mira extrañamente la pared de enfrente, la que no puede ver. Se levanta lentamente y en su angustia rompe la estilográfica que tenía en la mano. Mientras contemplaba los dos pedazos, cae el*

TELON

ACTO SEGUNDO

Escena: La anterior. Es el atardecer del sábado. Aún dura la luz del día, pero tiene ya el tinte de un claro crepúsculo. ORMUND aparece sentado ante el escritorio vecino a la ventana, fumando y trabajando, tomando notas y haciendo cálculos. Luego de un momento entra SAM; trae una bandeja con una botella de *whisky*, un sifón y vasos, ORMUND lo mira.

ORMUND.—Sam, tiene usted los nobles instintos de un buen posadero. Gracias.

SAM.—*(Poniendo la bandeja en la mesa del centro.)* Bueno, el bar está todavía muy lleno de gente, y pensé que le vendría mejor tener esto aquí a mano.

ORMUND.—*(Acercándose a la mesa.)* Muy bien pensado. *(Levanta la botella.)* Pero no queda mucho en esta botella, Sam.

SAM.—*(Con una sonrisa.)* Es la misma que empezó usted a la hora del té, míster Ormund.

ORMUND.—Entonces debo de haber tomado un excelente té.

SAM.—*(Sonriendo.)* Sí, no lo hizo usted mal.

ORMUND.—A mí me parece, Sam, que estoy bebiendo demasiado.

SAM.—Bueno, no soy yo quien tiene que opinar sobre eso, míster Ormund.

ORMUND.—No se preocupe. Hable, Sam, hable.

SAM.—Pues no he visto a muchos capaces de empinar el codo tanto.

ORMUND.—Y de resistirlo mejor. Admítalo, Sam.

SAM.—Lo admito, míster Ormund. Hay uno o dos de los que vienen aquí..., el viejo Joe Watson, un granjero del fondo del valle..., vaya si tiene cabeza para la bebida... Pero, por el diablo, que yo le apostaría a usted, míster Ormund, contra el mejor de ellos. Los tendría debajo de la mesa en poco rato.

ORMUND.—Sí, Sam, y a veces es útil tenerlos debajo de la mesa. Pero no me conviene. Si pido otra botella esta noche, recuérdeme que bebo demasiado. *(Se vuelve al escritorio.)*

SAM.—¿Ya cenó usted, míster Ormund?

ORMUN.—Sí, con el doctor Görtler. Nos cansamos de esperar a los demás.

SAM.—*(Yendo a la puerta.)* Sí, están dando un paseo muy largo. Espero que no se hayan extraviado.

ORMUND.—No será muy fácil, ¿verdad?

SAM.—No, sobre todo en estas noches claras. En invierno es

más fácil, si uno se queda demasiado en los páramos. He conocido a unos cuantos estúpidos que lo hicieron. Pero no se preocupe, míster Farrant tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros.

ORMUND.—No me parece que mi mujer esté con míster Farrant. Salieron por separado.

SAM.—¡Ah...! Bueno, lo que pasa es que mistress habrá andado algunas millas más de lo que pensaba. Ya vendrá sana y salva, míster Ormund. *(El* DOCTOR GÖRTLER *acaba de entrar.* SAM *toma la bandeja vacía y sale.)*

ORMUND.—*(Luego de una pausa.)* ¿Quiere beber algo, doctor Görtler?

DOCTOR GÖRTLER.—No, gracias.

ORMUND.—*(Indiferente.)* Parece que no le gusta mucho beber.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Fríamente, sin pedantería.)* Beber es una forma de fuga, y yo no la necesito. No estoy asustado.

ORMUND.—*(Con mayor atención.)* ¿Asustado de qué?

DOCTOR GÖRTLER.—De pensar. De la realidad.

ORMUND.—*(Contemplándolo, luego de una pausa.)* Me pregunto qué hace usted aquí.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con una sonrisa.)* Hago preguntas. *(Pausa.)* Beber es un modo de escaparse... ¿de qué?

ORMUN.—*(Evadiendo claramente la pregunta.)* Bueno, verá usted... No será de la responsabilidad, ni del trabajo.

DOCTOR GÖRTLER.—No, ya veo que usted trabaja mucho.

ORMUND.—Trabajo como un demonio.

DOCTOR GÖRTLER.—Y también eso es una forma de escape.

ORMUND.—*(A quien no le gusta esto.)* ¿De veras? Pero no se olvide, mi querido profesor, que tengo grandes responsabilidades. Aun esta gente... y su muchacho del que tanto hablan..., quedarían en la peor situación si yo fracasara. Tengo que seguir adelante.

DOCTOR GÖRTLER.—No. Usted se impone esas tareas para seguir adelante. No se atreve a detenerse.

ORMUND.—*(Con un esfuerzo.)* Muy bien. No me atrevo a detenerme. *(Vuelve a sus notas, y da la impresión de querer terminar la conversación, pero como si al mismo tiempo le fuera imposible. Una pausa.)*

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con una pizca de ironía.)* Y sin embargo..., usted es rico.

ORMUND.—*(Volviéndose.)* ¿Fue usted rico alguna vez, doctor Görtler, o vivió entre los ricos?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Que tiene su ironía propia.)* No, siempre fui pobre y viví entre los pobres. Pero también es una gran experiencia.

ORMUND.—No me hago ilusiones sobre eso. Pero ser rico no es solamente lo opuesto a ser pobre. Ser rico no vale gran cosa. La mitad del tiempo hay una gruesa pared de cristal entre usted y casi toda la alegría y la amistad del mundo. En la mayoría de los ricos uno encuentra una mezquindad casi diabólica. El exceso

de dinero parece robar el sabor y el color de las cosas. No debería ser así, pero lo es..., ¡maldito sea!

DOCTOR GÖRTLER.—Pero el poder... Porque usted tiene poder, ¿no es cierto?

ORMUND.—Sí, y eso es cosa muy diferente.

DOCTOR GÖRTLER.—¡Ah! Le gusta el poder, entonces.

ORMUN.—Bueno, siempre resulta divertido. No quiero decir tiranizar a un montón de pobres diablos, sino convertir ideas en acción. Y además... no depender de otros como un títere.

DOCTOR GÖRTLER.—Y, sin embargo, eso es lo que usted siente continuamente, y de eso está tratando de escapar.

ORMUND.—*(Duramente.)* ¿Qué quiere decir?

DOCTOR GÖRTLER.—Que usted está..., según su expresión..., como un títere, en el extremo de un hilo.

ORMUND.—*(Levantándose.)* ¡Absurdo! ¿Parezco yo... un títere?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Calmosamente.)* No. Pero lo que digo es que se siente como un títere. *(Pausa, y luego con serena fuerza.)* Usted es rico. Tienes éxito. Tiene poder. Y, sin embargo, está tratando de escapar todo el tiempo, porque en lo más hondo siente que su papel en la vida está ya marcado, y que es trágico. Y por eso está constantemente desesperado. *(Al ver que* ORMUND *no le contesta.)* ¿No es verdad?

ORMUND.—*(Entre maravillado y furioso, mientras va hacia el sofá.)* ¡Sí, maldito sea su atrevimiento..., vaya si es verdad!

DOCTOR GÖRTLER.—*(Apremiándolo.)* Pues bien, dígame entonces por qué usted... que todo lo tiene... se siente tan desesperado.

ORMUND.—*(Luego de una pausa, volviéndose a él y hablando con mayor libertad que antes.)* Supongo que, en última instancia... uno tiene confianza a la vida... o no la tiene. Bueno, a mí me ocurre que no la tengo. Hay en ella algo malicioso..., corrompido..., cruel. Nada está de nuestra parte. Este no es nuestro sitio. Somos una equivocación.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Pero no conoció usted... cosas buenas?

ORMUND.—*(Mirando, de pie, a* GÖRTLER, *que sigue sentado.)* Sí. Cuando se es joven, se les da el manotazo, pero después se descubre que eran el cebo de la trampa. Queso para el ratón. Un mordisco y ya está, los alambres caen y le destrozan a uno las entrañas. Los siento en mí, ahora.

DOCTOR GÖRTLER.—No. Es algo en usted mismo, algo que tiene odio a la vida.

ORMUND.—De acuerdo, es algo en mí mismo. *(Casi en un murmullo.)* Algo que está esperando el momento de liquidar de una vez por todas el maldito asunto. *(Se mueve, inquieto, y luego habla con mayor soltura, acercándose, y por fin sentándose frente al* DOCTOR GÖRTLER.) Görtler, cuando yo era solo un muchacho, vi morir de cáncer a mi madre. Durante dos años sufrió la tortura... lo mismo que si hubiera estado extendida en el potro, o destrozada en la rueda... Y cuando ya no podía sufrir más..., cuando ya no le quedaba nada que pudiera resistir todavía ese tormento in-

fernal..., entonces le fue concedido escapar, morir. ¿Ve usted? Y no había más diversión que extraer de ella; entonces se le permitió marcharse.

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, debió de ser horrible. ¿Pero se quejaba ella?

ORMUND.—No, no se quejaba mucho. Era una mujer muy valerosa. Me acuerdo que... cuando no podía soportarlo más, y gritaba en plena noche..., a la mañana siguiente pedía disculpas. *(Con terrible ironía.)* Lamentaba habernos molestado, Görtler, lamentaba habernos molestado... *(Pausa.)* No, «nunca» se quejó..., pero yo sí me quejo, ¡demonio!

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, comprendo... *(Pausa.)* Usted siente demasiado, y no conoce lo bastante.

ORMUND.—*(Ceñudamente.)* Conozco demasiado.

DOCTOR GÖRTLER.—No, usted es como un niño que piensa, al ver que llueve por la mañana, que jamás podrá volver a jugar en el jardín. ¿Cree usted que solo tenemos esta existencia?

ORMUND.—Naturalmente.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con ironía.)* Naturalmente. Todos lo sabemos muy bien, ahora. Es tan evidente. Pero qué lástima..., si somos animales perecederos..., que no tengamos los sentimientos embotados de los animales perecederos. Disponer solo de esta breve existencia, y gastarla bajo la tortura de un cáncer... Poseer conciencia y nervios llenos de sensibilidad, nada más que para el dolor..., sería una terrible crueldad. Sería preferible no haber nacido nunca.

ORMUND.—Lo he pensado tantas veces.

DOCTOR GÖRTLER.—Porque usted no comprende el largo drama del alma. Sufrir así, y también morir joven... no son cosas fáciles ni agradables, pero significan una parte, un papel... como todas las otras breves apariencias aquí.

ORMUND.—*(Rudamente, mientras va inquieto de un lado a otro.)* Discúlpeme, doctor, pero puede ser que eso represente algo para usted. En cuanto a mí, no significa nada en absoluto. Solo un montón de hermosas palabras inútiles.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con autoridad y dignidad.)* Le ruego que recuerde, míster Ormund, que durante toda mi vida he sido un hombre de ciencia y también un filosófo. No soy un orador político. Mis hermosas palabras tienen un significado. *(Pausa.)* ¿Estuvo usted en la guerra? *(Entra* SALLY, *los oye hablar, y sale rápidamente.)*

ORMUND.—*(Caminando.)* Sí. Del principio al final. Mataron a mi hermano. Y antes que esa locura terminara, encontré media docena de muchachos que valían para mí casi tanto como un hermano, pero ninguno de ellos duró mucho... Salí de la guerra para encontrarme con que el mundo entero cojeaba y tenía agujereada la cabeza ...La mayoría de nosotros hemos quedado medio locos. Yo sé que lo estoy.

DOCTOR GÖRTLER.—Pero cuando empezó a olvidar la guerra, las cosas mejoraron, ¿no es cierto?

ORMUND.—No. No me olvidé nunca, y las cosas fueron de mal en peor. Andaban muy mal, en verdad, cuando encontré... a Janet, mi mujer. Entonces todo pareció distinto, por un tiempo. *(Se interrumpe, y luego continúa en tono más natural.)* Bueno, así ocurrió. No muy alegre. Pero presumo que tampoco usted ha tenido una vida muy divertida.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Serenamente, con gran dignidad.)* Perdí a mi único hijo en la guerra... Era un muchachito. Presencié la ruina de mi familia y de mis amigos cuando la economía alemana se derrumbó. Pienso que las preocupaciones y la humillación de aquel período mataron a mi esposa. Y ahora... me han quitado a mis alumnos, me han expulsado de mi universidad y de mi país.

ORMUND.—Lo siento mucho, doctor Görtler.

DOCTOR GÖRTLER.—Y, sin embargo, no odio la vida. La acepto en su plenitud. Porque, sabe usted, no hay ningún traidor... aquí. *(Se toca el pecho.)*

ORMUND.—¿Y cree que lo hay... en mí?

DOCTOR GÖRTLER.—No sé. Solo puedo conjeturar.

ORMUND.—*(Luego de una pausa, y con mayor soltura.)* Görtler, voy a decirle algo que jamás he dicho a nadie. Durante mi vida he estado hostigado por una sensación... como si, al doblar la esquina, todo fuera a desaparecer de golpe. Durante la guerra, pensé que significaba que me matarían, de manera que me tenía completamente sin cuidado lo que hacía, por lo cual los demás pensaron que era un valiente, y me otorgaron medallas. Pero cuando aquello hubo acabado, la sensación persistió. Y cada vez se está haciendo más fuerte.

DOCTOR GÖRTLER.—Y anoche, cuando llegó usted aquí...

ORMUND.—¿Cómo se dio cuenta? No creí que se me hubiera notado.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Qué sintió?

ORMUND.—Me sentí como un hombre que contempla su tumba.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Cuando entró en esta sala?

ORMUND.—Sí, sí.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Cuando vio su domitorio?...

ORMUND.—*(Impaciente.)* Sí, también allí.

DOCTOR GÖRTLER.—Pero fue peor en el garaje, ¿verdad?

ORMUND.—*(Sorprendido.)* ¿El garaje? No he estado en el garaje. Sam llevó mi auto anoche, y desde entonces no he vuelto a verlo. *(Se detiene, mira con sospecha al* DOCTOR GÖRTLER, *y luego habla presurosamente.)* ¿Cómo supo que lo guardaba allí?

DOCTOR GÖRTLER.—¿Dónde?

ORMUND.—En el auto.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Qué cosa guardaba en el auto?

ORMUND.—Mi revólver.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Significativamente.)* «So!»

ORMUND.—Tengo un revólver en el bolsillo de la portezuela. ¿Cómo lo supo?

DOCTOR GÖRTLER.—No lo sabía.

ORMUND.—¿Por qué me preguntó por el garaje, entonces?

DOCTOR GÖRTLER.—Quería saber lo que había sentido allí. Nada más.

ORMUND.—*(Luego de mirarlo fijamente por un momento, llama.)* ¡Sam! ¡Sam!

DOCTOR GÖRTLER.—Tenga cuidado. *(Entra* SALLY.)

SALLY.—Papá está ocupado en el bar, míster Ormund. ¿Puedo servirle en algo?

ORMUND.—¿Está abierto el garaje?

SALLY.—Sí, míster Ormund. No tiene más que cruzar el patio.

DORTOR GÖRTLER.—¿Quiere que vaya con usted? (SALLY *los mira sorprendida.* ORMUND *sale al patio, dejando la puerta abierta. El* DOCTOR GÖRTLER, *que se ha levantado, mira ansiosamente hacia afuera.* SALLY *lo contempla, curiosa y dubitativa.)*

SALLY.—¡Ah, doctor!... *(Cuando él se vuelve.)* Creo que no nos dijo usted por cuánto tiempo ocuparía su habitación, ¿verdad?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Perplejo por esto.)* Sí. Lo dije anoche, cuando llegué.

SALLY.—*(Fríamente.)* No me acuerdo. A mí no me lo dijo.

DOCTOR GÖRTLER.—Dije que la quería para todo el fin de semana. Pero no puedo saber exactamente hasta qué día.

SALLY.—En fin, los que vienen a esta casa saben por cuánto tiempo van a quedarse.

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, pero no puedo decirlo. Tengo algo que hacer aquí.

SALLY.—*(Mirándolo fijamente.)* ¿Algo que hacer?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Que sigue mirando ansioso a* ORMUND, *y no presta atención.)* Sí, sí, algo muy importante.

SALLY.—*(Hostil.)* ¡Ah, sí!, ya veo.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Prestándole atención de pronto.)* No hay necesidad de hablarme con ese tono. Yo no le he faltado en nada. Soy un hombre totalmente inofensivo, aunque sea extranjero... Y en un tiempo fui profesor.

SALLY.—¿De manera que quiere saber por qué le hablc así?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, porque algo ocurre, evidentemente. ¿Qué le he hecho de malo?

SALLY.—*(Decididamente.)* Bueno, puesto que me lo pregunta, doctor..., se lo voy a decir. Usted me hace sentirme intranquila. Eso no sería tan malo, pero he advertido que tiene usted costumbre de intranquilizar también a otras personas. Y no me gusta. *(Se dispone a marcharse, cuando se oye fuera un disparo de revólver. El estampido es muy fuerte.* SALLY y el DOCTOR GÖRTLER *lanzan un grito.)*

DOCTOR GÖRTLER.—*(Arrebatadamente.)* ¡Ormund! *(Se lanza a la puerta y la franquea.* SALLY *se queda inmóvil, apretándose el corazón con una mano, y respirando afanosamente. Entra* SAM *presuroso. Se advierte que todo el mundo está esa noche muy nervioso.)*

SAM.—*(Rápidamente.)* ¿Qué fue eso, Sally? ¿Quién está jugando con un revólver cerca de la casa?

SALLY.—*(Sin aliento.)* No sé. Ve a mirar. *(Cuando* SAM *se encamina hacia la puerta, entra* ORMUND, *seguido por el* DOCTOR GÖRTLER. ORMUND *está pálido y tembloroso, pero trata de mostrarse jocoso y despreocupado.)*

ORMUND.—*(En voz muy alta.)* No pasa nada. Hola, Sam, ¿le di una sorpresa? Lo siento mucho, mistress Pratt. Fue una tontería de mi parte..., una gran tontería.

SALLY.—¿Pero qué ocurrió, míster Ormund?

ORMUND.—Fui al garaje para echar una ojeada al auto, y recordé que guardo un revólver en el bolsillo de la portezuela. Lo saqué para ver si estaba en buenas condiciones, y me hallaba cerca de la puerta cuando algo pasó corriendo a mis pies, haciéndome saltar.

SAM.—Una rata, ¿eh?

ORMUND.—Sí, y enorme. Siempre he odiado las ratas, desde el tiempo en que venían a olfatearme en las trincheras. De manera que no pude resistir y le tiré.

SAM.—¿Y le acertó, míster Ormund?

ORMUND.—Ni por casualidad, Sam. *(Se sirve un vaso lleno de «whisky».)* Lo único que hice fue un estrépito, y asustarlos a todos ustedes. Lo siento, mistress Pratt. No volverá a suceder.

SAM.—Bueno, la cosa no es como para preocuparse, aunque yo...

SALLY.—*(Interrumpiéndolo deliberadamente.)* Está bien, papá. Te estarán necesitando en el bar. *(Lo hace salir, y lo sigue.* ORMUND, *que ya no se cuida de las apariencias, se desploma en una silla, bebe un gran trago, y luego apoya la cabeza en las manos y se frota la frente, como si estuviera a la vez contrariado y deprimido.)*

DOCTOR GÖRTLER.—Lo siento mucho.

ORMUND.—*(Levantándose de un salto, apasionadamente.)* ¡Lo siento, lo siento! Sí, estuve en el garaje. ¿Qué debo hacer ahora? Supongo que usted tendrá otras ideas divertidas. *(Acercándose al* DOCTOR GÖRTLER.) ¿Quién demonios es usted para venir a levantarme el cráneo y mirar adentro, para clavarme alfileres en las entrañas... y después decir que lo siente mucho?

DOCTOR GÖRTLER.—No me estoy divirtiendo con usted, míster Ormund.

ORMUND.—*(Tomándolo del hombro, y mirándolo furiosamente.)* ¿No? ¿Y qué es lo que está haciendo entonces aquí? ¿Cuál es su juego?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con autoridad.)* No es un juego. *(Lo mira serenamente.* ORMUND *deja caer la mano y se aleja un poco.)* Cuénteme lo que pasó. *(Al ver que* ORMUND *no contesta.)* Por favor.

ORMUND.—Lo que dije de la rata era cierto. Pero no era eso todo, naturalmente.

DOCTOR GÖRTLER.—Ya me lo imaginé.

ORMUND.—No fue tan horrible hasta que tomé el revólver. Y tuve que tomarlo..., era un impulso irresistible. Pero tan pronto me quedé ahí, con el arma en la mano, me pareció que me hundía en lo negro de la noche, y que lo único que me quedaba por hacer en la tierra era apoyar ese revólver en mi cabeza. Cómo luché para llegar hasta la puerta, no sé; pero me era absolutamente necesario apretar el gatillo. Por suerte estaba la rata, y pude tirarle. Al menos supongo que había una rata. Quizá no. Estoy lo bastante loco para inventar una o dos ratas. ¿«Había» una rata?

DOCTOR GÖRTLER.—No lo sé.

ORMUND.—*(Casi salvajemente.)* Gracias a Dios, hay algo que no sabe. *(Mira la botella, que está vacía.)* ¡Maldito sea! Mire esto. *(Llama.)* ¡Sam, Sam! *(Entra* SALLY.) Mistress Pratt..., quisiera un trago, y esta botella no tiene ni una gota.

SALLY.—*(Tamando la botella.)* El bar está más tranquilo ahora, míster Ormund, por si quiere usted ir allá.

ORMUND.—Ya lo creo que sí. *(Hace una inclinación de cabeza al* DOCTOR GÖRTLER, *y sale.* SALLY *se queda, recogiendo el vaso de* ORMUND *y el sifón. Luego se pone a mirar al* DOCTOR GÖRTLER *de manera poco amistosa, pero vacilando antes de hablar. El ha estado pensando, pero de pronto repara en su actitud.)*

DOCTOR GÖRTLER.—¿Quería decirme algo?

SALLY.—*(Con un esfuerzo.)* Sí... Parece que ha habido un malentendido en su habitación, doctor...

DOCTOR GÖRTLER.—*(Deliberadamente.)* Görtler... Görtler. Y me parece que el equívoco no se refiere a mi cuarto, sino a mí, mistress Pratt.

SALLY.—*(Con fuerza.)* No he dicho nada de usted.

DOCTOR GÖRTLER.—No. *(Mientras se miran, los interrumpe la entrada de* JANET. *Viste ropas de excursión, parece fatigada. Trae flores silvestres de los páramos.*

SALLY.—*(Contenta de la interrupción.)* ¡Oh, mistress Ormund!, qué largo ha sido su paseo. Pero yo creía que míster Farrant estaba con usted.

JANET.—No. Pero llegará pronto. ¡Ah..., qué cansada estoy! *(Se sienta, exhausta.)*

SALLY.—Me imagino lo cansada que estará. Bueno, me ocuparé de su cena.

JANET.—No voy a comer gran cosa, mistress Pratt.

SALLY.—¡Cómo, después de estar fuera todo el día! Así no se puede descansar. Usted necesita una buena cena. *(Hace un saludo, sonríe y sale.)*

DOCTOR GÖRTLER.—*(Sonriendo.)* Me parece que, por una vez, mistress Pratt está en lo cierto. Usted debe cenar bien esta noche. Y la comida es aquí excelente. Estas gentes, al revés de la mayoría de los ingleses de ahora..., tienen todavía buena comida.

JANET.—*(Perezosamente.)* Sí... Cuando me la sirvan... probablemente comeré muchísimo. Pero, usted sabe, cuando se está muy

cansada, la idea de grandes platos de comida... no es... muy agradable.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Anduvo mucho?

JANET.—Más de lo que pensaba.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Pero fue una caminata agradable?

JANET.—*(Soñadora.)* Deliciosa..., a través de los páramos casi todo el tiempo... Encontré un lugar, como un pequeño valle secreto, con una cascada minúscula... y rocas musgosas, muchísimo césped... y campanillas... *(Suena el reloj.)*

DOCTOR GÖRTLER.—¿Campanillas blancas otra vez?

JANET.—Sí..., campanillas blancas otra vez... Usted se acuerda de las cosas, ¿verdad, doctor Görtler?

DOCTOR GÖRTLER.—Solamente a veces. Mi mujer solía decir que no me acordaba de nada. Pero era porque siempre olvidaba los cumpleaños, o lo que había que comprar en las tiendas. *(Pausa, mientras sonríe mirando a* JANET.*)* ¿Estaba tranquila, allá arriba?

JANET.—Sí..., no había nada..., solamente alondras y chorlitos... Todo tan sereno, tan inocente... Me parece que hay algo asombroso... en la inocencia que se siente en esta parte del campo...

DOCTOR GÖRTLER.—¿En estas tierras yermas?

JANET.—Sí. Usted debe de haberlo sentido, pienso.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con gran ternura.)* Sí. Todos los veranos, yo iba con mi familia y mis amigos a las montañas de la Turingia. ¡Ah, ni siquiera sabíamos lo felices que éramos! Todos juntos, y con tantos hermosos días estivales... *(Su voz se quiebra; está hondamente emocionado.)* Pienso que se nos habría roto el corazón si hubiéramos llegado a comprender lo felices y afortunados que éramos...

JANET.—*(Conmovida como él.)* Lo siento tanto, doctor Görtler...

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con un inocente y natural sentido pedagógico, entre patético y cómico.)* Esos lugares elevados nunca han sido ocupados por los hombres, por eso conservan su inocencia. No hay allí ninguna acumulación de mal. Donde los hombres han vivido mucho tiempo, hasta las piedras están saturadas de malos recuerdos. La crueldad y el sufrimiento permanecen en la tierra, y pienso que la tierra gime bajo su carga de maldad.

JANET.—Pero el pasado se ha ido.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Se ha ido adónde? *(Pausa.)* ¿De modo que míster Farrant no estaba con usted?

JANET.—No... Estuve todo el día sola. Y contenta de estarlo.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Sonriendo.)* ¿Para pensar?

JANET.—No..., no se le puede llamar pensamiento... Más bien una especie de fantaseo...

DOCTOR GÖRTLER.—*(Luego de una pausa.)* Entonces... ¿no vio hoy a míster Farrant...?

JANET.—Sí... Lo vi...

DOCTOR GÖRTLER.—Pero claro. Usted dijo a mistress Pratt que él estaría pronto de vuelta.

JANET.—Sí... Lo vi... Venía..., detrás de mí.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Y no pudo alcanzarla?

JANET.—No, no pudo alcanzarme... Lo vi en alguna parte... detrás de mí... Por lo general bastante lejos..., muchas veces..., durante la mitad del día, me parece...

DOCTOR GÖRTLER.—¿Se alegró de que él se quedara atrás?

JANET.—Sí, mucho. *(Volviendo a un tono más normal y social.)* Supongo que Walter..., mi marido..., estará en el bar.

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, acaba de irse para allá. Estuvimos charlando antes. *(Pausa.)* Es un hombre de fuerza, de carácter, como los que muchas mujeres admiran, ¿no es cierto?

JANET.—Sí, así es.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Suavemente.)* Y así mismo es un buen hombre con íntimas debilidades secretas, y pienso que esas debilidades, en hombres como él, son las que despiertan la piedad de una mujer.

JANET.—Sí, supongo que así será.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Luego de una pausa.)* Hay mucho para querer en él.

JANET.—Sí, mucho.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Suavemente.)* Entonces, mistress Ormund, ¿por qué ha dejado usted de querer a su marido? (JANET, *a la vez socialmente herida y profundamente lastimada, se levanta con lentitud, dando a entender al* DOCTOR GÖRTLER *claramente que se ha mostrado ofensivo, aunque no diga una palabra. El la mira con más reproche que disculpa.)* Está usted ofendida. Lo siento mucho. (JANET *se domina, y luego habla en tono ligero y mundano, que representa un rechazo, aunque no profundo.)*

JANET.—¿Es cierto, doctor Görtler, que el tiempo es curvo? Lo leí el otro día en alguna parte.

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, lo es. Pero el tiempo no es único y universal. Es solo el nombre que damos a las dimensiones más altas de las cosas. En nuestro estado actual de conciencia, no podemos experimentar espacialmente estas dimensiones, sino solo sucesivamente. A eso le llamamos tiempo. Pero hay más de un tiempo. *(Entra* SALLY *y se advierte que experimenta cierto placer al interrumpir al* DOCTOR GÖRTLER.)

SALLY.—Está todo pronto, cuando guste, mistress Ormund.

JANET.—Ahora mismo, si quiere, mistress Pratt. Gracias. *(El* DOCTOR GÖRTLER, *un tanto fastidiado al verse interrumpido, y no sintiéndose tan cómodo en presencia de* SALLY, *cruza la puerta que da al exterior, la abre, y mira afuera.* JANET *le lanza una mirada un tanto traviesa, y luego mira a* SALLY.) El doctor Görtler estaba tratando de explicarme lo que es en realidad el tiempo.

SALLY.—Yo puedo decirle a él lo que es el tiempo. Es el más grande enemigo de la mujer... y nada más que eso.

JANET.—Sí, nos arrebata tantas cosas...

SALLY.—Claro que sí, y no estoy pensando solamente en el placer de mirarse en el espejo. Puede arrebatarle a su compañero, convertir a su niño en un muchachito, y luego en un mucha-

chote, que se las arregla solo y la olvida a usted... y bien pronto nada es lo mismo, salvo cuando usted lo sigue sintiendo en lo más profundo del corazón. El tiempo no le puede robar lo que usted guarda de veras en el corazón, mistress Ormund. Si lo hiciera, sería más amable de lo que es. Pero le permite que usted se quede atrás... para sufrir.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Volviéndose.)* No. Todo eso es una ilusión. Nada se ha ido en realidad. Nada se ha perdido.

SALLY.—*(Impaciente.)* ¿No, verdad? Usted no hablaría así si hubiera perdido todo lo que he perdido yo.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con dignidad.)* He perdido más cosas que usted. Lo he perdido todo, salvo el amor del conocimiento..., la fe y la esperanza. *(Se vuelve para salir, y casi tropieza con* FARRANT *que aparece lleno de polvo, cansado y como tenso. En su actitud se advierte claramente la presencia de esa tensión. El* DOCTOR GÖRTLER *le sonríe.)* So!... Fue bueno el paseo, míster Farrant, ¿verdad?

FARRANT.—No estuvo mal. *(Pasa al lado del* DOCTOR GÖRTLER *sin una sonrisa ni una mirada. El efecto que esto produce es como el de un desaire.)* Tráigame un vaso de jerez, por favor, mistress Pratt.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Intencionadamente.)* Míster Farrant.

FARRANT.—*(Volviéndose.)* ¿Qué?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con cierta tristeza.)* No, no tiene importancia. *(Sale lentamente, mientras los otros tres lo contemplan marcharse.)*

FARRANT.—¿Qué le pasa a Görtler?

JANET.—*(Fríamente.)* Tal vez no le agradó la brusquedad de su modo.

FARRANT.—*(Algo seco.)* Lo siento. No quise ofenderlo.

SALLY.—*(Al salir.)* No se preocupe por él, míster Farrant. *(Sale. Hay un silencio incómodo. Luego* JANET *se prepara a salir.)*

JANET.—*(Con énfasis.)* Le agradezco que no haya tratado de alcanzarme.

FARRANT.—*(Confundido por ese ataque.)* ¡Oh! ¿Entonces usted...?

JANET.—*(Cortándole la palabra mientras sale.)* Sí, y usted lo sabe bien. *(*OLIVER *se queda mirándola con fijeza. Mecánicamente saca un cigarrillo y lo enciende. Entra* SALLY *con un vaso de jerez.)*

SALLY.—Su cena está pronta, míster Farrant.

FARRANT.—Gracias. Iré dentro de unos minutos. *(Prueba el jerez, mientras* SALLY *lo contempla.)*

SALLY.—¿No se estará cansando demasiado, míster Farrant? Quiero decir, esas caminatas tan largas...

FARRANT.—*(Distraído.)* Estoy algo cansado. Anoche dormí mal.

SALLY.—Sí, y en realidad a usted le aconsejaron venir aquí a descansar. No es bueno que se fatigue tanto. Esta noche tiene un aire muy cansado, si me permite decírselo. *(Ha oscurecido mucho, y* SALLY *empieza a encender las luces. Corre las cortinas y arre-*

gla superficialmente algunas cosas, haciéndolo con lentitud mientras habla; continuará así hasta la entrada de SAM.)

FARRANT.—No se preocupe, mistress Pratt. Siempre he estado mucho mejor de lo que aparentaba.

SALLY.—Bueno, yo no quiero que piense usted que lo estoy regañando...

FARRANT.—*(Con aire provocativo, lleno de simpatía.)* Naturalmente que me está regañando. Y no pretenda lo contrario.

SALLY.—Bueno, pero es que yo sé lo que pasa con los que vienen aquí por primera vez. Se entusiasman demasiado. Y no podemos permitir que usted se desmejore de nuevo. No quiero pensar en lo que nos diría nuestro Charlie. El cuenta con usted para que lo guíe, y lo mismo nosotros. Y tenga la seguridad de que Charlie pone toda su confianza en usted.

FARRANT.—*(Mientras va lentamente hacia la puerta que da a la escalera.)* Sí, lo guiaremos. Algún día tendrá usted sobrado motivo para estar orgullosa de él. Bueno, voy a lavarme un poco.

SALLY.—¿Le llevo agua caliente?

FARRANT.—No, gracias. *(Sale.* SALLY *termina de arreglar el salón.* SAM *se asoma.)*

SAM.—¿Y bien, muchacha?

SALLY.—¿Qué era todo ese ruido en el bar hace un momento?

SAM.—*(Sonriendo, mientras entra.)* ¡Oh!, nada más que míster Ormund, jugando con el viejo Watson y con Joe.

SALLY.—*(Bajando la voz.)* ¿Está borracho?

SAM.—*(Bajando la voz.)* ¿Quién, míster Ormund? Bueno, dado lo que ha bebido esta noche, debería estar completamente borracho o inconsciente..., puedes tener la seguridad..., pero apenas si se le nota un poquitín. ¡Vaya si la resiste el buen hombre!

SALLY.—Pues a mí me parece una gran tontería. ¿No puedes contenerlo?

SAM.—Claro que no. Ya te dije que no está borracho como para manejarlo. Apenas un poco desatado.

SALLY.—Eso no me gusta nada, papá.

SAM.—A mí tampoco. Pero...

SALLY.—*(Continúa, con aire de desdicha.)* Lamento muchísimo ahora que miss Holmes y sus amigas no pudieran venir. A esa clase de gentes las entiendo muy bien. Pero desde anoche no sé qué me pasa. Y la culpa de casi todo es del doctor Görtler. Tiene a todo el mundo con los nervios de punta.

SAM.—Bueno, lo que pasa es que es extranjero y profesor, y qué sé yo qué más... y habla de un modo muy raro. Pero no tiene malas intenciones, Sally.

SALLY.—*(Con súbita cólera.)* Malas o no malas, se va mañana por la mañana. Lo pasaremos mejor sin él. Y pienso decírselo.

SAM.—Vamos, calma, muchacha, calma.

SALLY.—*(Enojada.)* ¿De qué sirve decir: «Calma», cuando todos estamos a punto de...? *(La interrumpe la llegada de* ORMUND, *quien entra con una ligera vacilación, trayendo un vaso de «whisky».*

Evidentemente ha bebido una enormidad, pero no responde a la idea convencional del borracho.)

ORMUND.—Sam, Sam, usted nos abandona. Y todavía no me ha dicho lo que le va a ocurrir en el otro mundo.

SALLY.—*(Presurosamente.)* Míster Ormund, ya volvió su esposa. Ahora mismo va a cenar.

ORMUND.—*(Apoyándose en la mesa.)* Cuide que le sirvan una excelente cena, mistress Pratt. Incluyendo el pastel de grosellas. No le acepte ninguna excusa sobre eso. Tiene que probar su parte de pastel de grosellas. ¡Cuide de eso! *(Mueve su mano hacia* SALLY, *quien saluda con una inclinación de cabeza, sonríe débilmente y sale.)* Y bien, Sam, ¿qué va a ocurrirle a usted en el otro mundo? *(Entra* FARRANT, *que vuelve de su habitación. Se ha quitado el polvo y arreglado, pero todavía se le ve pálido y tenso.)* Hola, Farrant. ¿Le hizo conocer los páramos a mi mujer esta tarde?

FARRANT.—*(Algo secamente.)* No.

ORMUND.—¿No anduvieron juntos?

FARRANT.—No. La vi, pero no estuvimos juntos.

ORMUND.—¿Por qué no se reunió con ella?

FARRANT.—*(Siempre secamente.)* No sé. Supongo que los dos preferíamos estar solos.

ORMUND.—Decir eso no es muy amable por su parte.

FARRANT.—Lo siento. No quise mostrarme ofensivo. La verdad es que me sentía... más bien lúgubre, y pensé que lo mejor que podía hacer era quedarme solo.

ORMUND.—*(Agradablemente.)* Bueno, bueno. Sam estaba a punto de decirme lo que nuestro amigo, el doctor Görtler, cree que le sucederá cuando se muera.

FARRANT.—En fin, ya puede usted imaginarse lo que va a oír. Creo que Görtler tiene tendencia hacia la mística, lo que es frecuente entre los alemanes cuando las cosas les van mal.

ORMUND.—Y vaya si le ha ido mal a él.

FARRAN.—Ya lo creo, y me parece vergonzoso lo que han hecho con él. Pero ni siquiera eso justifica que un hombre de ciencia se ponga a hablar fantásticamente.

ORMUND.—Sí, supongo que son fantaseos suyos.

FARRANT.—A juzgar por un par de cosas que me dijo anoche, así es. Quizá soy demasiado impaciente con ese pensar a medias, tan fácil y optimista, pero me parece que tales sueños son muy pobres, y que se interponen en el camino del verdadero pensar. No saldremos del barro en que estamos empantanados si no pensamos duramente, con realismo. ¿No está de acuerdo?

ORMUND.—No empezaremos a salir del barro hasta que «realmente» lo deseemos. La cuestión está en saber qué clase de pensamientos nos llevarán a desearlo.

FARRANT.—Pues no creo que sea el misticismo teutónico de Görtler. Y ahora me voy a cenar. *(Saluda y sale.)*

ORMUND.—*(En un susurro.)* Sam, lo crea usted o no, fui yo el

que votó para que le dieran la dirección de Lamberton. Y ahora que me he encontrado con este joven, ni a mí me gusta, ni yo le gusto a él.

SAM.—*(Redondamente.)* Vamos, míster Ormund, míster Farrant es un muchacho magnífico una vez que se llega a conocerlo. Antes que ustedes llegaran, estaba de bonísimo humor, pero estos últimos dos días se ha vuelto a poner un poco seco y nervioso. Me imagino que no se siente muy bien de nuevo.

ORMUND.—Tal vez sea eso. Pero vamos a ver, Sam, veamos lo que va a pasarle a usted... Oigamos un poco de fantaseo.

SAM.—Bueno, la cosa comenzó anoche cuando yo dije: «Si pudiera empezar de nuevo»; eso pareció interesarle muchísimo al doctor Görtler. La cuestión es que esta tarde se me aparece y me dice que volveré a empezar otra vez. Se puso a hablar de que el tiempo da vuelta haciendo círculos y espirales, y en dos minutos me dejó mareado con sus dimensiones y sus eternidades y qué se yo cuántas otras cosas... Dice que damos vueltas y vueltas como caballos de tiovivo.

ORMUND.—¡Dios no lo quiera!

SAM.—Vamos, no diga eso, míster Ormund, porque yo estoy enteramente de acuerdo con ese arreglo. El dice que soy uno de los que siguen dando vueltas con la misma vida, y que no cambian nunca. Cuando me muera, voy a nacer de nuevo en Marlingset, en la misma casa, con los mismos padres, iré a la misma escuela y tendré las mismas peleas con los mismos muchachos... Igual que antes.

ORMUND.—Pero a usted no le gustaría eso, Sam, ¿verdad que no?

SAM.—No pido nada mejor. ¡No puede haber nada mejor! Le estuve contando cosas del día que me casé. La boda fue temprano, y la llevé a Leeds... Era un gran día, y el valle brillaba y estaba precioso aquella mañana... Y Yorkshire jugaba contra Surrey en Headingley, de manera que fuimos, claro... ¡Si hubiera visto cómo jugaron Brown, Tunnicliffe y F. S. Jackson! ¡Le dieron la gran paliza a Surrey! Y después, fuimos a tomar un té de esos que no se olvidan al hotel Queen's. ¡Qué día, qué día!

ORMUND.—Sí, valdría la pena tener otra vez una cosa así.

SAM.—Entonces yo le pregunto: «¿Pero ese día volverá dando la vuelta?» Y él me dice: «Sí, ya está viniendo. La misma hermosa mañana», me dice, «La misma muchacha ruborizada», me dice, «el mismo sol sobre el mismo valle... Todo igual.» Pues a mí eso me viene perfectamente.

ORMUND.—*(Mitad en broma, mitad en serio.)* Tiene usted suerte, Sam. ¿Pero de veras cree él que viviremos una y otra vez la misma vida?

SAM.—Sí, me parece que sí. Eso es lo que dijo. *(Entra el* DOCTOR GÖRTLER. *Ambos se vuelven y lo ven.)* Doctor, ¿no me dijo usted que todos seguiríamos viviendo la misma vida, dando vueltas y vueltas?

DOCTOR GÖRTLER.—Dije que usted podía volver a vivir su misma vida una y otra vez. Pero no todos.

SAM.—¿Pero qué les ocurre entonces a los demás, doctor?

DOCTOR GÖRTLER.—Algunas personas que se desarrollan progresivamente, agotarán las posibilidades de sus círculos de tiempo, y finalmente pasarán de ellos a nuevas exigencias. Otros, los criminales, los locos, los suicidas, viven su vida en círculos cada vez más oscuros de su tiempo. La fatalidad empieza a acecharlos. Más y más de su vida va transcurriendo a la sombra de la muerte. Poco a poco se hunden...

ORMUND.—*(Apasionadamente.)* ¡Cállese..., cállese, por el amor de Dios! *(Va hacia el* DOCTOR GÖRTLER *como para golpearlo, pero se controla y se aparta murmurando.)* No quiero oír nada más esta noche. Me están destrozando los nervios. *(Sale en dirección al bar.* SAM *mira con reproche al* DOCTOR GÖRTLER.)

SAM.—Ya volvió usted a meter las de andar, doctor.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Pensativo, mirando a* ORMUND, *que sale.)* Sí, tal vez fue un error mío venir aquí. O hablar de estas cosas. *(Entra* SALLY *con aire deliberado.)*

SALLY.—*(Con decisión.)* Quédate un momento, papá.

SAM.—*(Bajando la voz.)* Vamos, muchacha, calma.

SALLY.—*(Librándose de él.)* Bueno, vete, vete si quieres. *(Sale* SAM. SALLY *y el* DOCTOR GÖRTLER *se miran.)*

DOCTOR GÖRTLER.—¿Qué pasa?

SALLY.—Doctor Görtler, ha habido un equívoco sobre su habitación. Yo pensé que usted iba a quedarse solamente anoche y esta noche, y..., en fin..., prometí a una persona la habitación para mañana y el lunes..., y es alguien que ya ha venido otras veces, de modo que..., como usted ve...

DOCTOR GÖRTLER.—¿Entonces quiere que me vaya?

SALLY.—No dije eso. Dije que necesitábamos ese cuarto.

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, pero no tienen ningún ocupante para él, mañana.

SALLY.—*(Empecinada.)* No, pero pronto lo tendremos. Lo dije para no ofenderlo.

DOCTOR GÖRTLER.—Pues no lo ha conseguido. Dígame, sin embargo, la verdadera razón por la cual desea que me vaya.

SALLY.—*(Con fuerza.)* Bueno, ya que quiere saberlo, es porque siento que algo no anda bien aquí. No sé qué es, pero lo siento todo el tiempo. Y lo mismo les pasa a otras personas.

DOCTOR GÖRTLER.—Quizá «haya algo» que no ande bien aquí.

SALLY.—Pues no lo había antes de que usted llegara. Y usted se presentó de una manera muy rara..., preguntando quiénes se alojaban aquí, y cosas por el estilo. Y tiene una manera de hablar y de mirar a la gente que le pone a una los nervios de punta. Estoy segura de que todos nos sentiríamos mucho más cómodos si usted se fuera. Nos interesa velar por míster Farrant, y los señores Ormund son un matrimonio de posición y...

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con triste ironía.)* Y yo soy un extranjero, un intruso.

SALLY.—Bueno, si le gusta tomarlo en esa forma, allá usted. Pero así están las cosas. Por supuesto, no pretendemos que se marche esta noche.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con súbito apasionamiento.)* ¡Me iré cuando usted quiera! Usted desea librarse de mí... y con eso basta. Le pagaré ahora mismo.

SALLY.—Hasta mañana por la mañana serían dos días completos. Digamos una libra. *(El le entrega un billete de una libra y, dándole la espalda, va a la puerta, la abre de par en par y se queda mirando hacia afuera. Incómoda.)* Lo siento..., pero solo queremos hacer lo que nos parece justo para todos.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Volviéndose apenas, en tono cortante.)* También yo lo siento... por usted.

SALLY.—*(Secamente.)* No es necesario. *(Sale. El* DOCTOR GÖRTLER *mira hacia afuera durante otro momento y luego, dejando la puerta abierta de par en par, cruza la escena y sale en dirección a su cuarto por la puerta que da a la escalera. En ese momento aparece* ORMUND, *seguido por* SAM, *quienes dejan la puerta abierta.)*

ORMUND.—No está aquí.

SAM.—*(Indicando la puerta abierta.)* Habrá salido por ahí. ¿Sally, Sally! *(Aparece* SALLY, *con aire ligeramente sobresaltado.)* ¿Salió el doctor Görtler? Porque míster Ormund quiere hablar con él.

SALLY.—*(Hoscamente.)* Habrá salido. Mañana por la mañana se va.

ORMUND.—¿Se va? ¿Y por qué?

SALLY.—*(Desafiante.)* Porque yo se lo dije.

SAM.—Vamos, Sally, no es posible que le hayas dicho eso.

SALLY.—Ya que tú no querías hacerlo... No te atreviste. *(Se vuelve para salir.)*

ORMUND.—*(Con autoridad.)* Un momento, mistress Pratt. ¿Realmente le pidió al doctor Görtler que abandonara este albergue?

SALLY.—*(Desafiante.)* Sí. Y no lo lamento. Ha hecho que todo el mundo se sintiera incómodo aquí. Yo misma le escuché a usted quejándose y gritándole, míster Ormund.

ORMUND.—¡Así es, Dios me asista!

SALLY.—De manera que me pareció que hacía bien.

ORMUND.—Pues no. Hizo mal.

SALLY.—¿Y por qué?

ORMUND.—Porque es un extranjero, un hombre que se vio obligado a abandonar su patria. Aun si dice cosas que no entendemos, aun si a veces nos hace sentirnos incómodos, deberíamos ser corteses con él. Dios sabe que yo no lo he sido. Pero pensé que «ustedes» le tendrían consideración. En fin, es culpa mía. Me dan ganas de abofetearme.

SAM.—Vamos, míster Ormund, la cosa no es para tanto.

ORMUND.—Sí que lo es, Sam, sí que lo es. En todo este mundo podrido, las puertas se están cerrando en plena cara de los hombres justos y buenos. Pero aquí nos quedan todavía una o dos puertas abiertas. No podemos darle en la cara con una de ellas a este hombre, que no nos ha hecho ningún mal. *(Mira hacia la puerta.)* No puede haber llegado lejos. Iré a decirle que lo siento mucho y que estoy avergonzado. *(Sale rápidamente, cerrando la puerta al pasar.* SAM *lo mira irse dubitativamente, y luego mira a* SALLY.)

SAM.—No debías haber hecho eso, Sally.

SALLY.—¿Por qué no? Tenemos que ganarnos la vida... y trabajar todo el día para eso... Creo que somos los mejores jueces de nuestro negocio. Para míster Ormund está muy bien eso de hablar con tanta generosidad. ¿Y has pensado en el «whisky» que tiene dentro?

SAM.—Sí, ya sé. Pero está lejos de haberse emborrachado, así que no puedo cruzarme en su camino. La única que podría hacerlo es su mujer, y me asombra ver que no lo hace.

SALLY.—*(Bajando la voz.)* Lo que pasa es que ella ya no se preocupa, porque ve que es un caso perdido. *(No agrega nada más porque en ese instante entra* JANET. *Hay una breve e incómoda pausa.)* ¿Estaba bien la cena, mistress Ormund?

JANET.—*(Que tiene la mirada tensa y fatigada.)* Sí, gracias.

SALLY.—*(Indicando a* SAM *que salga.)* ¿No necesitará nada más esta noche?

JANET.—No, muchas gracias.

SAM.—*(Con cierta turbación.)* Míster Ormund acaba de salir. (JANET *inclina afirmativamente la cabeza, y se sienta. Cuando* SAM *y* SALLY *están saliendo, entra* FARRANT.)

SALLY.—¿No necesitará nada más, míster Farrant?

FARRANT.—No, gracias.

SALLY.—¿Y qué hay de mañana? ¿Volverá a salir todo el día?

FARRANT.—*(Perezosamente.)* Todavía no sé. No tengo planes. *(Todos ellos se desean buenas noches y* SALLY *y* SAM *salen,* JANET *y* FARRANT *se quedan en silencio, sin mirarse. El sentimiento de tensión se percibe distintamente. Finalmente,* JANET *no puede seguir soportándolo.)*

JANET.—Míster Farrant.

FARRANT.—*(Algo sobresaltado.)* ¿Qué?

JANET.—Esta tarde, usted anduvo siguiendo mi camino horas y horas. Acabamos de cenar uno frente al otro, sin cambiar una palabra. Lo siento, pero no puedo continuar soportando esto. Si usted va a quedarse aquí, yo saldré o subiré a mi habitación.

FARRANT.—*(Levantándose.)* Por favor, no se moleste. Me iré yo.

JANET.—*(Observándolo, con una pizca de ironía.)* Gracias. *(Pero él se queda, confuso, mirándola dubitativo, sin moverse.)* ¿Qué hay?

FARRANT.—*(Tartamudeando.)* ¿Le molestaría... decirme cuánto tiempo... va a quedarse aquí?

JANET.—No veo realmente por qué tendría que decírselo. *(Pausa.)* ¿Por qué me lo pregunta?

FARRANT.—Porque si usted no se va..., seré yo quien lo haga.

JANET.—*(Levantándose.)* No creí que le desagradaba hasta ese punto.

FARRANT.—Usted no me desagrada. No es eso. Pero será mejor que me vaya mañana por la mañana.

JANET.—No tiene derecho a hablar como si fuera yo la que lo impulso a irse.

FARRANT.—No, no quiero decir eso, mistress Ormund.

JANET.—*(Acercándose un paso o dos a él.)* No estoy tratando de crear dificultades. Simplemente, estos largos silencios me resultan intolerables.

FARRANT.—*(Que ha dado un paso hacia ella.)* Ya sé que lo son. Siento exactamente lo mismo. Y le aseguro que... es insólito en mí. Por lo regular me dicen que hablo demasiado. Pero... es que... anoche casi no dormí y...

JANET.—Tampoco yo, si vamos a eso. Pero el insomnio no nos excusa.

FARRANT.—No, no, ya sé. Pero luego... todo el día andando... Naturalmente, me cansé mucho. Supongo que a usted le ocurrió lo mismo.

JANET.—Sí. Y cuando estuve de vuelta, me sentía enteramente exhausta. Me resultaba imposible el menor esfuerzo mientras cenaba. Pero con todo, pensé que usted podía...

FARRANT.—Traté de hacerlo, créame, lo intenté todo el tiempo. Usted sabe cómo ocurre en estos casos... Uno piensa las palabras, las frases...

JANET.—*(Adelantando un paso.)* Sí, a mí me sucedía lo mismo. Pero no lograba expresarlas.

FARRANT.—Exactamente. Y luego, cuando entré aquí, el silencio había durado ya tanto..., me pareció que era algo..., algo absolutamente indestructible...

JANET.—Casi lo era. Tuve que golpearlo con un martillo.

FARRANT.—*(Adelantando un paso.)* Me alegro de que lo hiciera, porque yo quería explicarle. Usted ha de pensar que soy un lunático que...

JANET.—*(Más rápidamente que antes.)* No. Naturalmente, advertí que yo le desagradaba, pero luego, por el hecho de no haber dormido anoche y el cansancio de hoy, pensé...

FARRANT.—*(Ansiosamente, y con gran rapidez.)* Sí, claro, probablemente me imagino que estoy más fuerte de lo que en realidad...

JANET.—*(Qué está ahora al lado de él.)* Me da la impresión de estar tan cansado y nervioso...

FARRANT.—*(Mirándola.)* Quizá los dos estamos..., quizá nos sentimos un poco... fuera de nosotros mismos...

JANET.—No. *(Involuntariamente cae en sus brazos, y él la estrecha apretadamente. Suena el reloj. Más que una súbita ráfaga*

de pasión, se siente allí un algo tremendo e inevitable. Ambos permanecen abrazados un momento. Solo se apartan el rostro para hablar.)

FARRANT.—*(Deslumbrado.)* Yo no sabía..., no sabía. *(Una pausa. Entonces él la estrecha deliberadamente y ambos se besan. Permanecen así como en éxtasis. Y antes de tener tiempo de apartarse, entra* ORMUND, *quien abarca con una sola mirada la situación. Ambos se separan confundidos.)*

ORMUND.—*(Justamente al pasar la puerta.)* Puede que tengamos tormenta. Y ya estamos casi en domingo de Pascua... Pascua de Pentecostés..., el día del Espíritu, como le llaman... Y aunque parezca curioso, aquellas gentes no sabían gran cosa de nada, al parecer. No como nosotros, que todo lo sabemos. Como Farrant, que lo sabe todo y que transmite nuestros conocimientos a nuestros felices alumnos. *(Se interrumpe, y avanza mirando a los otros, que continúan silenciosos y confundidos.)* ¿Y ahora qué? *(Ambos están callados.)* ¡Vamos de una vez, qué diablos! ¡Hablen, hablen, oigamos lo que pasa! *(Ellos continúan callados.)* Me imagino que ustedes combinaron encontrarse aquí. ¿No? Pues bien, si han llegado a tanto en veinticuatro horas, tengo que felicitarlos. Es maravilloso cómo la velocidad va aumentando en el mundo. *(Otra pausa.* ORMUND *mira a* FARRANT.) Vamos, Farrant, por Dios, ¿no es bastante hombre para enfrentarse con lo que ha hecho?

FARRANT.—Ormund..., quisiera poder explicarle...

ORMUND.—La explicación puedo dársela yo.

JANET.—No, Walter, por favor. Tenemos que tratar de comprender lo que está pasando.

ORMUND.—*(Amargamente.)* No es nada difícil. En un solo día, mientras los dos fingían inspirarse un gran disgusto..., decidieron de pronto que estaban enamorados... o con ganas de divertirse..., y ni siquiera fueron capaces de esperar a que...

JANET.—*(Con fuerza.)* ¡No, Walter! ¿No te das cuenta de que no es así?

ORMUND.—¿Cómo quieres que me dé cuenta?

FARRANT.—Ormund, es que... sencillamente... ocurrió. Eso es todo. Más allá de eso no podemos explicar. (ORMUND *se aparta de ellos y luego vuelve con un aire más sereno.)*

ORMUND.—Muy bien, muy bien. Ninguno de ustedes está en condiciones de hablar, y yo sé que no estoy en condiciones de escuchar. Los dos se han enamorado. No saben por qué. No pueden impedirlo. ¿Es así?

FARRANT.—Sí.

JANET.—¿No adviertes que estamos confundidos, indefensos? *(Pausa, y luego con mayor apremio.)* ¿Te acuerdas de lo que sentí anoche, cuando llegamos aquí... y que no quería quedarme?

ORMUND.—¿Sentiste que esto..., que esto iba a empezar?

JANET.—Sí.

ORMUND.—Lo que no sabes es cómo va a terminar. *(Mirando a*

ambos.) ¿Cómo termina? Mejor será que se lo preguntemos al doctor Görtler.

JANET.—*(Apremiante.)* ¿Por qué dices eso?

FARRANT.—*(Rápidamente.)* No habla en serio.

ORMUND.—Estoy en un momento en que he dejado de tener en cuenta si hablo en serio o no. Pregúntele a Görtler Pregúntele al diablo.

FARRANT—Pero Görtler no tiene nada que ver en esto.

ORMUND.—No esté tan seguro, Farrant.

JANET.—*(Como si hiciera un tremendo descubrimiento.)* El supo que ya había ocurrido antes.

FARRANT.—*(Rápidamente.)* Pero no es posible.

JANET.—Sí, vino para encontrarnos aquí.

ORMUND.—*(Casi en un susurro.)* ¡Dios mío..., me repugna pensar eso!

JANET.—¿Qué quieres decir?

ORMUND.—Esta noche tuve una sesión bastante penosa con él. ¿Qué es lo que Görtler «sabe»?

FARRANT.—*(Con rápido desdén.)* Sobre esto, nada.

JANET—*(Dejándose caer súbitamente en un sillón, agotada, y hablando luego lentamente.)* Yo creo que lo sabe todo... sobre todos nosotros. *(Hay una pausa.)*

ORMUND.—*(Asperamente.)* Bueno, ¿qué hacemos ahora?

JANET.—*(En un susurro.)* Tengo miedo. *(Mientras se miran unos a otros en silencio, el* DOCTOR GÖRTLER *cruza la escena desde la puerta que da a la escalera hasta la que lleva afuera; lo hace de una manera curiosamente desvinculada, y con un aire casi mecánico; lleva consigo su maleta, y no mira a nadia, pero ellos lo observan en silencio, contemplándolo con fascinación y asombro. Solo hablan cuando él va a llegar a la puerta.)*

JANET.—*(Con un tono terriblemente alarmado.)* ¡Doctor Görtler!

ORMUND.—*(Con alarma y desesperación.)* ¡Görtler! *(Pero él parece no escucharlos, y sale por la puerta, cerrándola de un golpe a sus espaldas, mientras ellos se quedan inmóviles, viéndolo irse, y luego lentamente giran la cabeza para mirarse unos a otros, mientras rápidamente cae el*

TELON

ACTO TERCERO

Domingo por la noche. El salón está vacío. Entra una postrera luz crepuscular. Suena el reloj. Al cabo de un momento aparece SALLY, que va hacia el teléfono.

SALLY.—No... Pero hubiera jurado que estaba sonando. *(Sobre el hombro a* SAM, *que está siguiéndola.)* Ven, papá, no hay nadie aquí. Supongo que ya estarán a punto de darnos esa conferencia. Ya es hora de dormir en el colegio.

SAM.—Bueno, si el chico está en la cama, todo va bien.

SALLY.—*(Asperamente, porque está preocupada.)* Salvo que esté enfermo. ¿Y cómo saber que está bien solo porque ya está acostado?

SAM.—¿Por qué no habría de estar bien?

SALLY.—Ya te lo dije, papá..., realmente no lo sé. Me estoy portando como una tonta. Pero no puedo impedirlo.

SAM.—Está bien, muchacha, no te reprocho nada.

SALLY.—Perdóname, papá, no quise hablarte con ese tono. Si no se tratara de Charlie, me reiría de mí misma por ponerme tan tonta. *(Suena el teléfono.* SALLY *se apresura a contestar.)* Sí... Sí... La señora Pratt, sí... *(Ansiosamente.)* ¡Oh! ¿De manera que está bien? ¿Que va a hablarme? ¡Oh, muchas gracias, aunque yo no pensaba que lo harían levantarse al pobrecito...! *(Con marcado cambio de tono.)* Charlie, te habla tu mamá... ¿Estás bien, hijo? *(Con enorme alivio.)* ¡Ah, me alegro mucho de saberlo! Estuve tan preocupada por ti... No, no sé... Ideas mías... Sí, aquí ha estado muy bueno, salvo una amenaza de tormenta anoche... Eso está muy bien... ¿Cuántos goles marcaste?... Bueno, mala suerte, la próxima vez tendrás más fortuna... Cuídate mucho, Charlie... ¡Dios te bendiga, hijito! *(Cuelga y exhala un hondo suspiro.)* Está muy bien.

SAM.—Era lo que me imaginaba. ¿Cuántos goles marcó?

SALLY.—*(Casi riendo.)* ¡Eres tan niño como él! Estuvo a punto de marcar uno.

SAM.—Ya le he dicho que tire con la izquierda. Se lo tengo dicho muchas veces.

SALLY.—Me he estado preocupando y preocupando por él todo el día. Bueno, por lo menos ese es un peso menos, ahora.

SAM.—¿Un peso menos? ¿Pero cuántos tienes?

SALLY.—Pues tengo este. *(Saca del bolsillo una libreta bastante grande y usada, encuadernada en cuero oscuro.* SAM *la mira con asombro.)*

SAM.—¿De quién es esto?

SALLY.—Del doctor Görtler. La encontré en su cuarto esta mañana. Se le había caído debajo del sillón.

SAM.—Bueno, debías de habérsela mandado.

SALLY.—¿Cómo quieres que lo haga si no ha dejado ninguna dirección? Y otra cosa. Me siento arrepentida de haberlo echado en esa forma.

SAM.—Te lo dije.

SALLY.—Nunca creí que se iría anoche, sin decir una palabra. Pensaba avisarle esta mañana que podía quedarse, si lo deseaba... ¿Sabes? Después de lo que dijo míster Ormund... me hizo sentir vergüenza... Me sentí tan trastornada cuando descubrí que se había ido. Me parece que eso me debilitó los nervios.

SAM.—*(Con tosca ternura.)* No te aflijas, muchacha. Todos cometemos errores.

SALLY.—Pero me parece que no soy la única que está trastornada aquí. Hay otro mucho peor que yo... en esta misma casa.

SAM.—Ya lo creo. Apenas los he visto hoy.

SALLY.—Yo tampoco. Pero sé cómo sienten. *(Oyen las voces de* JANET *y de* FARRANT. SAM *mira en esa dirección, y toma la libreta, en momentos en que entran* JANET *y* FARRANT *con expresión seria y grave.)*

SAM.—Míster Farrant... *(Mostrando la libreta.)* El doctor Görtler se olvidó de esto. Se le resbaló en el sillón, como me ocurre a mí a cada rato con la bolsa de tabaco. Me pregunto si será importante. Parece que está escrito en alemán.

FARRANT—*(Tomando la libreta.* Déjeme ver. *(Mira la primera página con curiosidad.)*

JANET.—*(Muy curiosa.)* ¿Qué dice?

FARRANT.—*(Examinando la página con perplejidad.)* «Wiederkehr und Dazwischenkunft». Quiere decir Retorno o Recurrencia, e Interferencia o Intervención. Agrega que esta libreta está dedicada a los problemas y casos de Recurrencia y de Intervención. *(Hojea descuidadamente las páginas.)* Sí, sí... *(La devuelve a* SAM *sin mayor atención.)* Sin duda querrá recuperarla.

JANET.—*(Que ha estado pensando.)* ¿Qué querrá significar el referirse a problemas y casos de Recurrencia e Intervención?

FARRANT.—*(Encogiéndose de hombros.)* ¡Vaya a saber! Pero ya se lo dije antes, no creo que Görtler esté muy en sus cabales. Con frecuencia sucede así cuando un viejo estudioso se ve sometido a pruebas difíciles... *(Se vuelve, algo secamente, a* SALLY.) Mistress Pratt, me marcho esta noche, de modo que le agradeceré prepare mi cuenta. Y usted Sam, ¿me hace el favor de sacar mi auto?

SAM.—*(Sorprendido.)* Muy bien, míster Farrant. *(Sale.)*

FARRANT.—*(A* JANET.) Me voy a disponer mis maletas. *(Vuelve*

a su cuarto. SALLY *se queda mirándolo asombrada, y luego mira a* JANET.*)*

JANET.—¿Sabe dónde está mi marido, mistress Pratt?

SALLY.—*(Gravemente.)* Estaba en su habitación, mistress Ormund. Entré hace un cuarto de hora y estaba allí escribiendo cartas. *(Se interrumpe, y luego mira fijamente a* JANET, *avanzando un paso hacia ella.)* Mistres Ormund..., ¿también se va «usted» esta noche, como míster Farrant?

JANET.—Sí, nos vamos juntos.

SALLY.—¿Deja usted a su esposo?

JANET.—Sí.

SALLY.—¿Lo hace para bien?

JANET.—Sí.

SALLY.—*(Intensamente.)* Pero hacer eso es una cosa terriblemente grave, mistress Ormund.

JANET.—*(Con serenidad.)* Ya sé que es algo muy serio, mistress Pratt. Pero sucede que es lo único que cabe hacer..., lo único decente... en estas circunstancias. Tendrá usted que creerme.

SALLY.—¿Lo ha pensado bien, señora?

JANET.—*(Con una cansada sonrisa.)* ¡Ah!, he pensado tanto...

SALLY.—Sí, pero quiero decir... ¿ha pensado en lo que sucederá a míster Ormund? Es su esposo. ¿Qué será de él, solo? Parece un caballero tan desdichado, con todo lo que bebe y lo demás...

JANET.—Me temo que es desdichado.

SALLY.—Supongo que no lo deja porque..., porque bebe mucho...

JANET.—*(Cortándole la palabra.)* No, mistress Pratt. Mi marido ha sido siempre desdichado. Hubo un tiempo en que me esforcé por hacerlo feliz, pero fue imposible... no sé por qué. Probablemente culpa mía, no suya. Simplemente no sentía lo que hubiera debido sentir por él. No, es inútil.

SALLY.—*(Con gran intensidad.)* ¡Pero es que también está míster Farrant! ¿Ha pensado en lo que le puede ocurrir... con la escuela, y todo lo demás? Allí es donde está mi Charlie, ¿sabe usted? ¡Y si algo le ocurriera a míster Farrant!

JANET.—*(Con algo menos que simpatía.)* Tenga la seguridad de que también he pensado en eso. Los dos lo hemos pensado.

SALLY.—¡Oh..., ya sabía que algo andaba mal! Por favor, mistress Ormund..., yo he perdido a mi marido..., no me queda más que mi chico..., y soy mayor que usted... Por eso le pido que me escuche un minuto. No se aferre a lo que usted piensa que puede ser la felicidad, cuando en realidad no está segura. Y, por favor..., por favor..., no se precipite y haga una cosa que pueda lamentar todo el resto de su vida. No solamente hay que pensar en uno mismo..., y cuanto más pasan los años, más me doy cuenta de eso... Por favor, mistress Ormund, espere un poco más... Piénselo otra vez..., por todos nosotros... *(Se detiene confundida por la entrada de* ORMUND. *Este se encuentra perfectamente sobrio.* SALLY *lo mira una sola vez, y se apresura a salir.* ORMUND *espera hasta que ha salido.)*

JANET.—*(Serenamente, pero no sin emoción.)* Acabo de decir a mistress Pratt que Oliver y yo nos vamos.

ORMUND.—¿Cuándo?

JANET.—Esta noche.

ORMUND.—*(Con desesperanza.)* ¡Ah!

JANET.—Es la cosa más decente y sensata que podemos hacer, Walter... Romper definitivamente ahora, para no llevar adelante esta agonía.

ORMUND.—Estoy seguro de que tienes razón.

JANET.—Lo hemos discutido en todos sus detalles. Hemos previsto hasta las peores contingencias..., incluso la pérdida del colegio como consecuencia del posible escándalo.

ORMUND.—Lo que quieres decir es que... habéis hablado de afrontar las peores contingencias. Pero todavía no las habéis afrontado, ¿sabes?

JANET.—Sí, pero hemos tenido en cuenta todo lo que podría ocurrir. No nos vamos a ojos cerrados.

ORMUND.—Me pregunto si es así.

JANET.—¿Por qué lo dices?

ORMUND.—Porque me pregunto cómo sabes que lo peor es lo que puede ocurrir. Cuando decidimos venir juntos aquí, pensé que lo peor que podía ocurrirnos era tener otro de nuestros altercados. Pero ahora ha ocurrido algo muchísimo peor. Te estoy perdiendo para siempre. Ya ves que... no podemos saber nada.

JANET.—*(Con cierta fatiga.)* Sí, me doy cuenta, Walter. Solo dije que tratamos de afrontar las posibles consecuencias.

ORMUND.—*(Mirándola con curiosidad.)* Te vas, Janet. Pero no eres feliz, ¿verdad que no?

JANET.—*(Con gran sinceridad.)* No, no lo soy. Me siento horriblemente mezquina... y tengo miedo. Y quizá sea mejor así.

ORMUND.—¿Por qué?

JANET.—*(Con gran seriedad.)* Porque si estuviera llena de excitación y alegría, quizá cometería una locura al irme en esta forma. En cambio sé que lo que siento por Oliver Farrant es algo absolutamente real... y que lo será siempre. Creo que siempre existió así, que siempre fue una parte de mi ser.

ORMUND.—*(Algo cansado.)* Quizá lo fue. ¿Quién sabe? ¡Conocemos tan poco de lo que vale la pena conocer en nosotros mismos! Somos niños que andan a tientas en la oscuridad. *(Entra* FARRANT *desde su habitación. Trae una maleta, impermeable y sombrero. Se detiene, rígido, al ver a* ORMUND.) Está bien, Farrant, está bien. Pero, por favor, saque su maldito equipaje.

FARRANT.—Mi auto ya debería estar ahí. *(Cruza hasta la puerta, deja fuera su equipaje y vuelve inmediatamente.)*

ORMUND.—Le estaba preguntando a Janet si era feliz. Me ha dicho que no.

FARRANT.—*(Rígidamente.)* No se me ocurrió que pudiera serlo.

ORMUND.—¿Y usted?

FARRANT.—No, naturalmente que no. Todo esto es un asunto

odioso. Y si pensara que yéndome podría ayudar a resolverlo, ya me habría marchado solo. Pero sé que resultaría inútil.

JANET.—Y yo también lo sé. Lo hemos discutido en detalle, y llegamos a la misma conclusión.

ORMUND.—*(A* FARRANT.) De modo que usted entiende que esto es lo único que les cabe hacer...

FARRANT.—Sí.

ORMUND.—Los dos están profundamente enamorados. Espero no exagerar al calificarlo así.

FARRANT.—*(Brevemente.)* No exagera.

ORMUND.—Y, sin embargo, los dos se sienten desdichados. ¿Por qué?

FARRANT.—*(Encogiéndose de hombros.)* Supongo que es un sentimiento de culpa.

ORMUND.—¿De culpa? Vamos, vamos...

FARRANT.—Creo que un hombre y una mujer, en el caso de Janet y en el mío, tienen perfecto derecho a hacer lo que estamos haciendo. Pero en algún rincón de mi mente he de luchar todavía contra siglos de convicciones en el sentido de que lo que hacemos está mal. Son mis antepasados los que me atormentan, como nos ocurre todo el tiempo. Y eso es todo.

JANET.—*(Impulsivamente.)* No, Oliver. Estoy segura de que no es eso.

FARRANT.—*(Sorprendido.)* ¿Y qué puede ser, entonces?

JANET.—*(Luchando con su pensamiento.)* No sé. Quisiera poder saberlo. Pero hay algo..., cierta influencia... detrás de todo lo que hacemos y decimos aquí..., algo que nos compele..., algo trágico...

FARRANT.—No, Janet; eso es dejarse llevar por la fantasía.

ORMUND.—*(Con salvaje ironía.)* ¡No, por Dios! ¡No dejarse arrastrar por la fantasía cuando vivimos en un pequeño mundo como este, tan lindo, sencillo y de una sola pieza!

FARRANT.—*(Con fuerza.)* No tiene sentido confundirnos con misterios que nosotros mismos fabricamos. La gente lo ha hecho durante demasiado tiempo. La cuestión es que estamos actuando racionalmente, y de acuerdo con nuestro propio código, pero eso que llaman conciencia... nos fue formada y dada por otros, durante nuestra infancia, antes de que hubiésemos podido crear nuestro propio código. Por eso podemos estar seguros de que obramos bien y, al mismo tiempo, sentir oscuramente, pero con enorme fuerza, que estamos obrando mal. Y es eso lo que nos ocurre.

ORMUND.—Pues yo no creo que sea ni la mitad de eso, Farrant. Es demasiado simple, como un montón de sus famosas explicaciones.

FARRANT.—Pues quizá las cosas sean mucho más simples en realidad de lo que usted las imagina.

ORMUND.—Me temo que sean mucho más complicadas de lo que yo las imagino. *(Acercándose a* FARRANT, *con marcado cambio de tono.)* Supongo que no volveré a verlo, Farrant. Déjeme enton-

ces decirle una última palabra. No esté tan seguro de que lo sabe todo. No piense que lo tiene todo resuelto. Ustedes, los brillantes muchachos con sus esquemas de todas las cosas, van a quedarse horriblemente sorprendidos un día de estos. *(Al ver que* FARRANT *va a protestar.)* No. Una última palabra. No piense que lo sabe todo y que ella no sabe nada. Ella sabe más de lo que está ocurriendo en este mundo loco que usted y que yo. No lo aprende en los libros, simplemente porque no está en los libros. Pero puede adivinarlo una que otra vez, y nosotros no podemos.

FARRANT.—¿Supongo que no va a reprocharme el preferir el conocimiento y el criterio al trabajo de adivinación?

ORMUND.—No, pero tampoco le voy a permitir que nos rocíe con conocimiento y criterio, cuando realmente no es capaz de comprender una sola de las cosas que le han estado ocurriendo en estos últimos dos días. Usted es capaz de proporcionarnos bonitos y brillantes esquemas de todo lo que existe bajo el sol, pero en el minuto en que algo realmente importante ocurre, le es imposible comprenderlo, y se limita a preguntarse si se está volviendo loco.

JANET.—*(Vivamente.)* En eso está en lo cierto, Oliver. Bien sabes que todos estamos tan confundidos... Y hay algo más..., algo que no ha sido explicado todavía..., que quizá no lo será nunca..., como tantas cosas... *(Se interrumpe, y mira hacia la puerta.* ORMUND *y* FARRANT *hacen lo mismo. La luz ha ido decreciendo rápidamente en la habitación. La silueta del* DOCTOR GÖRTLER*—que viene sin maleta ni sombrero—se recorta muy negra en la puerta.)*

ORMUND.—Es Görtler.

DOCTOR GÖRLER.—*(Desde la puerta.)* Sí. Está oscuro ahí dentro. (ORMUND *enciende la luz. El* DOCTOR GÖRTLER *avanza haciendo un breve saludo a los tres, con un aire casi ajeno a ellos.)* Muchas gracias. Pero no voy a quedarme...

ORMUND.—*(Gravemente.)* Un momento, doctor. *(Se pone a llamar.)* ¡Mistress Pratt, mistress Pratt!

SALLY.—*(Desde afuera.)* ¡En seguida, míster Ormund!

ORMUND.—*(Al* DOCTOR GÖRTLER.) Anoche no nos dio usted la oportunidad de decirle cuánto lamentábamos que usted, un extranjero, un exiliado en este país..., hubiera sido tratado con tanta descortesía. *(Aparece* SALLY.) Mistress Pratt, estoy presentando disculpas al doctor Görtler.

SALLY.—*(Avanzando, con humildad y verdadero sentimiento.)* Sí. Doctor Görtler, quiero rogarle que me perdone. No debí pedirle que se fuera. Usted no hizo nada malo. Lo estaba culpando solo porque es extranjero. Lo siento mucho.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Bastante embarazado y confuso.)* No, por favor, por favor. También yo me dejé llevar... Mi mal genio ha sido siempre mi enemigo... Y esta vez procedí tan tontamente...

SALLY.—Yo confío en que se quede con nosotros, ahora que ha vuelto.

DOCTOR GÖRTLER.—No, es imposible. Solo volví porque he per-

dido algo... que es muy importante..., y pensé que quizá lo había dejado aquí.

SALLY.—*(Mostrándole la libreta.)* ¿Es esto?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Tomándola vivamente.)* Sí. Muchas gracias. Es todo lo que quería. *(Mira la libreta, luego alza los ojos para mirar a* SALLY *y le hace un sonriente saludo de despedida. Ella lo mira, vacilando, y luego se vuelve y sale.)* No quisiera haber perdido esto. Hay mucho trabajo valioso aquí dentro. *(Se vuelve, sonriendo, y luego se encamina hacia la puerta.)*

ORMUND.—*(Deteniéndolo.)* ¡Cómo, Görtler! ¿Se va?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí. ¿Por qué no? *(Mira a* ORMUND. ORMUND *aparta los ojos para mirar a los otros dos.)*

JANET.—*(Impulsivamente.)* Doctor Görtler, usted sabe algo, ¿verdad? Algo que nosotros ignoramos.

FARRANT.—*(Tranquilo.)* Pero eso es imposible, Janet, compréndelo.

ORMUND.—¿Le parece? No estoy tan seguro.

JANET.—*(Al* DOCTOR GÖRTLER.) Usted sabe, ¿verdad?

FARRANT.—*(Protestante.)* Realmente, Janet, yo creo que...

JANET.—*(Interrumpiéndolo secamente.)* ¡Por favor, Oliver! *(Al* DOCTOR GÖRTLER.) Usted cree que algo ocurrió aquí una vez, ¿no es cierto?

DOCTOR GÖRTLER.—Sé que ocurrió.

FARRANT.—¿Cómo pudo ocurrir, si ninguno de nosotros había estado aquí antes en su vida?

DOCTOR GÖRTLER.—¿Está seguro?

FARRANT.—*(Decididamente.)* Por supuesto. Soy muy capaz de recordar perfectamente los lugares donde he estado.

DOCTOR GÖRTLER.—Entonces no hay nada más que decir.

JANET.—Sí que hay. ¡Por favor...! ¿Qué sabe usted de nosotros?

FARRANT.—Un minuto, Janet. No es posible inmiscuir al doctor Görtler en nuestros asuntos privados.

DOCTOR GÖRTLER.—No tengo ningún deseo de que eso ocurra. *(La mira con una ligera sonrisa.)* ¿Planearon mistress Ormund y usted marcharse juntos esta noche?

FARRANT.—¿Cómo lo adivinó?

DOCTOR GÖRTLER.—No es adivinación.

ORMUND.—Görtler, no lo culpo por haberse dejado llevar por su genio. Aquí no fue bien tratado. Pero ya le hemos dado disculpas. Y las cosas son muy graves ahora...

DOCTOR GÖRTLER.—*(Fríamente.)* Siempre fueron graves..., «muy» graves.

ORMUND.—Muy bien. Ahora... díganos la verdad, tan sencillamente como pueda expresarla, por favor. Cuando usted vino aquí, traía un propósito definido, ¿no es así?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí.

ORMUND.—¿Cuál era?

DOCTOR GÖRTLER.—Vine a verificar un experimento y, de ser posible, efectuar otro.

ORMUND.—Pero no lo llevó a cabo, ¿verdad?

DOCTOR GÖRTLER.—No. Todo ocurrió como lo había sospechado. Verifiqué mi experimento. Pero después, anoche, perdí de pronto la paciencia al sentir que se me trataba desconsideradamente... Por eso no intenté el nuevo experimento. No es que importe gran cosa. Puedo intentarlo con algún otro caso.

JANET.—*(Apremiándolo.)* Doctor Görtler, usted quiere decir que no le importa a usted, o a su teoría o lo que sea... ¿Pero y nosotros?

FARRANT.—*(Impaciente.)* ¿Qué puede importarnos a nosotros, Janet? *(El* DOCTOR GÖRTLER *los mira con indiferencia. Hay una pausa.)*

ORMUND.—*(Con intensidad.)* Doctor Görtler, anoche me hizo usted muchas preguntas insólitas, ¿se acuerda? Y yo le dije cosas que jamás había dicho a nadie.

DOCTOR GÖRTLER.—Es cierto. Usted me ayudó mucho, míster Ormund.

ORMUND.—Pues ahora soy yo el que quiere preguntarle algo. Usted tiene que ayudarnos a su vez. ¿Por qué vino a esta posada? ¿Cuál era ese experimento suyo?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Luego de una breve pausa.)* Muy bien. *(Pausa, y luego habla con el tono claro e impersonal del hombre de ciencia.)* En esta libreta hay ciertas constancias de estados mentales y súbitos recuerdos sumamente insólitos. Algunos se me presentaron como sueños clarísimos. Son pequeñas escenas, claras y vívidas. *(Pasa rápidamente las páginas de la libreta hasta llegar a lo que busca, y le echa una ojeada.)* En las más precisas, no solo recuerdo lo que vi, sino lo que se dijo. Fui lo bastante afortunado para recibir un ejemplo excelente hace unos tres meses. Todos los detalles están anotados aquí. *(Mira un momento la libreta, y luego a sus oyentes.)* En este recuerdo..., en este sueño, si prefieren..., me encontré a mí mismo un año o dos mayor de lo que soy, pero en mi situación actual: un exiliado que vive en Londres. Me encontraba en una habitación modesta, semejante a la que ocupo en este momento; pero en las habitaciones de arriba, que eran sumamente pobres, había una pareja, marido y mujer, muy jóvenes todavía, pero desaliñados, pobrísimos y muy desdichados. Habían estado discutiendo amargamente, y yo oí lo que decían. Como lo sentía mucho por ellos, subí para averiguar cómo podía ayudarlos. Entonces fue cuando me enteré de su historia. *(Se detiene.* JANET *se estremece, y respira profundamente.)* El hombre no era el primer marido de la mujer. Ella había estado casada con un hombre rico, que la aventajaba en años, y a quien había dejado de querer. Ocurrió que ambos fueron a pasar un corto descanso juntos, en Pentecostés, deteniéndose en una pequeña posada que ella me describió. Entonces encontró a un hombre más joven que su marido, ambos se enamoraron instantáneamente... y huyeron juntos. *(Se detiene de nuevo.* JANET *vuelve a respirar afanosamente y mira a* FARRANT. *El agita impaciente la cabeza.)*

JANET.—Doctor Görtler...

DOCTOR GÖRTLER.—De eso resultó, como ellos lo sabían entonces, la ruina de muchas vidas inocentes. Una gran empresa comercial se derrumbó, y muchas gentes, gentes sencillas como este posadero y su hija..., perdieron su dinero. No solo eso, sino que hubo un gran escándalo, con lo cual el joven fue expulsado de su profesión, y ambos debieron soportar la pobreza y la soledad. Pero lo que los resintió más fue el hecho de que si su mutuo amor los había impulsado a seguir ese camino, llevándolos a la pobreza y a la soledad en cambio no les había dado nada como recompensa. Porque ese amor había muerto.

JANET.—*(Con ímpetu, dolorosamente.)* ¡No..., no puede haber sido así!

DOCTOR GÖRTLER.—Sí. Ambos lo admitieron. Había demasiadas sombras entre ellos, demasiados rostros de reproche. Ya no podían seguir siendo felices juntos, y sin embargo no podían apartarse el uno del otro, después de haber sufrido tanto... Y por eso estaban amargados y se atormentaban mutuamente...

JANET.—*(Con un grito desgarrador.)* ¡No..., Dios mío..., eso no!...

FARRANT.—*(Furioso.)* ¡Pero, Janet!

JANET.—¡Nos vio a nosotros, Oliver..., nos vio a nosotros!

FARRANT.—*(Furioso.)* ¡No vio más que un sueño fantástico!

JANET.—No. Usted nos reconoció aquí, ¿verdad?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, apenas los vi.

JANET.—*(A* FARRANT.) ¿Ves, ves? Lo supe desde el principio... Había algo.

FARRANT.—*(Casi salvajemente.)* ¡Espera un momento! *(Volviéndose al* DOCTOR GÖRTLER.) ¿Cómo provocó esos sueños suyos?

DOCTOR GÖRTLER.—No eran sueños. Eran recuerdos reales.

FARRANT.—¿Recuerdos de qué?

DOCTOR GÖRTLER.—De ciclos pasados de mi vida.

FARRANT.—Se está usted contradiciendo... con su misma teoría ridícula. Antes dijo que en el sueño era el mismo que ahora, un exiliado que vive en Londres.

DOCTOR GÖRTLER.—¿Por qué no? He sido un exiliado en Londres en ciclos pasados de mi vida. Repetimos nuestras vidas, con algunas diferencias, una y otra vez.

FARRANT.—¿Cómo puede pretender que creamos semejante cosa?

DOCTOR GÖRTLER.—Amigo mío, no me preocupa que lo crea o no. Ustedes me pidieron una explicación, y es lo que estoy dando.

FARRANT.—Sí, pero es que no solo está fabricando una teoría fantástica, sino que se mete en nuestras vidas. ¿Cómo provocó esos estados mentales?

DOCTOR GÖRTLER.—Mediante cierto método que he desarrollado. Es preciso cambiar el foco de la atención, que hemos habituado a concentrar en el presente. Mi problema era resbalarme del presente..., como hacemos en sueños, y a la vez mantenerme atento, advirtiéndolo todo.

FARRANT.—*(Con salvaje intensidad.)* Sí, sí, pero cómo lo hizo. Privándose de alimento, ¿verdad?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, en cierta medida.

FARRANT.—Ya me parecía. ¿Y usó drogas?

DOCTOR GÖRTLER.—Un colega alemán encontró cierto narcótico que me convenía...

FARRANT.—*(Triunfante, a* JANET.) ¡Lo sabía! Ya ves que lo que sospechaba es cierto. Debilitado por falta de alimentos, víctima de las drogas..., ha sido fácil víctima de una teoría de la vida tan fantástica como ilógica... Y ahora nos viene con la historia de un supuesto sueño...

ORMUND.—*(Interrumpiéndolo con tranquilidad, pero secamente.)* Entonces, ¿qué hacemos todos nosotros ahí, desempeñando papeles tan convincentes en su sueño? *(Hay un silencio.* ORMUND *hace un movimiento hacia la puerta.)*

DOCTOR GÖRTLER.—Me lo esperaba. Pero fueron ustedes quienes me pidieron una explicación. Ya lo hice.

JANET.—*(Con algo como una serena desesperación.)* Creo que es la verdad.

FARRANT.—*(Furioso y resentido.)* ¡Janet, cómo puedes!...

JANET.—Sí. Explica tantas cosas... *(Al* DOCTOR GÖRTLER.) Pero después..., cuando usted hubo tomado sus notas...

DOCTOR GÖRTLER.—Eso sucedía hace tres meses. Pronto descubrí que esas cosas no habían ocurrido en este ciclo de las vidas de ustedes..., pues averigüé en seguida que míster Oliver Farrant era todavía director del colegio de Lamberton...

JANET.—¿Conocía usted nuestros «nombres»?

DOCTOR GÖRTLER.—Pues sí, naturalemente.

FARRANT.—¿Qué prueba tenemos de eso?

DOCTOR GÖRTLER.—Presumo que usted lee alemán. Mi letra no es muy clara, pero supongo que encontrará lo suficiente para convencerse. *(Entrega la libreta abierta a* FARRANT, *quien la toma y se queda mirándola con estupefacción. Luego de observar por un momento el rostro de* FARRANT, ORMUND *sale silenciosamente por la puerta que lleva al comedor.)* Advertirá usted que no conocía el verdadero nombre de la posada..., solo una idea general del lugar, y su situación entre estas colinas.

FARRANT.—*(Devolviéndole la libreta.)* No comprendo. Debe ser una especie de clarividencia, de clariaudición. Creo que se dan casos... *(El* DOCTOR GÖRTLER *mueve la cabeza, con una leve sonrisa.)*

DOCTOR GÖRTLER.—Así fue como vine aquí, en esta festividad de Pentecostés. Al principio, al enterarme de que dos de ustedes no eran esperados por los posaderos, pensé que había elegido un año quivocado. Pero no. Tuve suerte.

JANET.—¿Por eso..., hacía esas preguntas?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí. Así mismo llegué a descubrir que todos se encontraban en una estrecha relación de interdependencia. Y advertí además que dos de ustedes se habían atraído tan instantánea y fatalmente, que sentían un resentimiento superficial que los

apartaba. Era como asistir a la representación de una pieza que primero se ha leído detalladamente.

JANET.—*(Angustiada.)* Habla como si fuéramos marionetas, sin inteligencia ni voluntad propia.

FARRANT.—*(Con resentimiento.)* Dando vueltas y más vueltas. Es una teoría monstruosa, diabólica.

DOCTOR GÖRTLER.—Sin embargo..., ¿qué han sentido durante estos dos días? ¿Han tenido inteligencia y voluntad propia?

JANET.—No. *(Luego, con una especie de energía desesperada.)* Pero doctor Görtler..., realmente no somos así. Yo sé..., «yo sé» que no somos así. Podemos «crear» nuestras vidas, ¿no es cierto?

DOCTOR GÖRTLER.—Después que se sabe, sí. Solo el conocimiento da libertad. Creo que las huellas por las cuales va corriendo nuestra vida son creadas por los sentimientos, la imagen y la voluntad. Si lo sabemos, y hacemos un esfuerzo, podemos cambiar nuestras vidas. No estamos dando vueltas y vueltas en el infierno. Y podemos ayudarnos los unos a los otros.

JANET.—¿Cómo?

DOCTOR GÖRTLER.—Si yo sé más que usted, puedo intervenir, como el hombre que nos detiene en el camino para prevenirnos que más adelante la ruta está inundada. Y ese era el experimento que yo había esperado realizar. Intervenir...

JANET.—*(Señalando la libreta.)* Recurrencia o Intervención.

DOCTOR GÖRTLER.—Sí. También eso parecía posible. Descubrí ciertas cosas que antes no conocía. Dos de ustedes, preocupados por los recuerdos, se sintieron instantáneamente atraídos el uno hacia el otro. Eso, yo lo esperaba. Pero el tercero...

JANET.—¿Se refiere usted a... Walter?

DOCTOR GÖRTLER.—Sí. El único a quien no había encontrado antes... y en quien pronto advertí que presentía un destino trágico, y que se estaba acercando cada vez más a la propia destrucción...

JANET.—*(Alarmada.)* ¡Suicidio!

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, esa fue la razón por la cual la gran empresa comercial se derrumbó, muchos se arruinaron en su caída, y todo el mundo se enteró de lo ocurrido. Usted me dijo que cuando lo abandonó, su esposo fue hasta el garaje, y allí se disparó un tiro...

JANET.—*(Mirando en torno.)* ¡Walter! *(Ve que no está.)* ¿Adónde fue?

FARRANT.—*(Selañando la puerta principal.)* Por allí no salió.

JANET.—*(Con urgencia.)* Doctor Görtler, Walter tiene un revólver en una de las bolsas del auto. ¿Quiere ir a buscarlo y a traérmelo, por favor?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Gravemente.)* Sí, será mejor. *(Va hacia la puerta, y luego se vuelve.)* Es una cosa que se ha de hacer, pero hay otras más importantes.

JANET.—*(Serenamente.)* Sí. Comprendo. *(Sale el* DOCTOR GÖRTLER. FARRANT *se vuelve vivamente hacia* JANET.*)*

FARRANT.—*(Apasionadamente.)* ¡Janet..., no irás a permitir que este fantástico asunto cambie nada entre nosotros!

JANET.—*(Con urgencia.)* Pero Oliver, es que... yo creo en esto. ¡Explica tantas cosas que no pudimos comprender antes! Nos explica «a nosotros»..., por qué todo ocurrió tan rápido entre los dos. Y explica por qué no pude sentirme feliz en ningún momento después que ocurrió..., por qué siempre hubo una sombra que lo cubría todo. *(Hay una pausa, y luego agrega serenamente.)* Tú debes marcharte. Pero yo me quedaré.

FARRANT.—Janet, si me lo hubieras pedido anoche, me hubiera ido sin una palabra. Pero después de lo que nos hemos dicho el uno al otro hoy, no puedo irme sin ti..., no «puedo».

JANET.—Debes hacerlo, Oliver.

FARRANT.—*(Suplicando.)* ¡Pero si nada ha cambiado! Mira, somos exactamente las mismas personas de hace una hora... Hace una hora te era imposible permanecer junto a Ormund... y ahora tiene que ser igual. Seguimos queriéndonos como entonces... ¿No te das cuenta, Janet, que todo es lo mismo?

JANET.—*(Angustiada.)* No, no es lo mismo..., porque ahora sabemos más.

FARRANT.—No sabemos nada. ¡Dios mío, Janet, no te estarás echando atrás después de todo lo que hablamos, de todo lo que planeamos juntos..., nada más que por los desvaríos místicos de ese alemán!

JANET.—¡Oh, querido..., es que debo hacerlo! Siento que es verdad... aquí... *(Poniendo una mano sobre el corazón.)* Así como siento la verdad de mi amor y del tuyo...

FARRANT.—Pero eso significa desgarrar nuestra vida.

JANET.—Mejor es que hagamos eso... y no desgarremos las vidas de otras gentes..., solo para descubrir al final que nos hemos perdido mutuamente. Y esto no podrá durar siempre, Oliver.

FARRANT.—*(Amargamente.)* Para mí, sí. Tengo la seguridad de disponer de una sola vida, no de docenas... como el resto de ustedes. Solo una... y ahora está hecha pedazos... *(A punto de abandonarse a la desesperación.)* ¡Ah, Janet..., y tú no harás nada por salvarla...! *(Esto es casi inaudible, pues ella está tratando de confortarlo, con profunda ternura.)*

JANET.—*(En voz baja.)* No, querido mío, si esto no fue el comienzo..., tampoco puede ser el fin de todo... Tienes que estar en alguna parte... nuestro lugar verdadero..., nuestro tiempo para los dos... *(Tomando su rostro entre sus manos.)* Déjame mirarte.

FARRANT.—*(Balbuciendo.)* ¿Para qué? ¿Qué importa, ahora?

JANET.—Quiero acordarme de cada una de las líneas de tu cara. Y sé que no será posible. Pronto trataré de verte otra vez... y no lograré nada, un borrón..., mientras cientos de rostros que no significan nada vendrán a interponerse entre nosotros. Este mundo es duro con el amor, Oliver. Ni siquiera el recuerdo de un rostro permanecerá para consolarnos. *(Entra el* DOCTOR GÖRTLER, JANET *y* OLIVER *están ahora separados.)*

DOCTOR GÖRTLER.—El revólver ya no está allí. Y sé que ayer estaba.

JANET.—*(Presurosamente.)* Por favor..., le ruego que busque a mi marido y le diga que... que estoy despidiéndome de Oliver... Quédese con él hasta que yo vuelva... Oliver... *(El* DOCTOR GÖRTLER *observa a* OLIVER *y a* JANET *que franquean la puerta. Antes de que* JANET *la haya cerrado, el* DOCTOR GÖRTLER *va hacia la puerta que da al comedor, y llama.)*

DOCTOR GÖRTLER.—¡Ormund! ¡Ormund! *(Entra* ORMUND, *con aire agitado.)*

ORMUND.—¿Dónde están?

DOCTOR GÖRTLER.—Allí afuera..., pero se están despidiendo.

ORMUND.—¿Despidiendo?

DOCTOR GÖRTLER.—Farrant se va. Ella permanecerá con usted. *(Pausa.)* Me envió a buscar su revólver, pero no lo encontré allá.

ORMUND.—Por supuesto. Está aquí. *(Lo saca del bolsillo.)*

DOCTOR GÖRTLER.—Sería mejor que me lo diera.

ORMUND.—Si me quedara sentido común, lo usaría. Basta de preguntas que no pueden ser contestadas, revolviéndose como puñales en las entrañas. Sueño, un buen sueño, el único buen sueño.

DOCTOR GÖRTLER.—Me temo que se llevará una decepción. Será un sueño lleno de imágenes... como esta. Y las preguntas continuarán. No puede hacerlas saltar en pedazos con un revólver. Además, ¿por qué hacerlo ahora? Las cosas son muy distintas.

ORMUND.—No veo la diferencia.

DOCTOR GÖRTLER.—Su mujer no se alejará de usted, ahora. Y quizá habrá cambiado un poco..., tendrá una nueva ternura.

ORMUND.—No necesito de su ternura. Que se vaya.

DOCTOR GÖRTLER.—Pero es que ella no quiere irse, ahora.

ORMUND.—Sí que quiere. Pero está asustada. Y yo la he perdido, se vaya o no se vaya, de manera que no hay diferencia. No basta con que se quede a mi lado... para mantenerme vivo.

DOCTOR GÖRTLER.—Nadie puede mantenerlo vivo, salvo usted mismo.

ORMUND.—Y ocurre que yo no quiero vivir.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Fríamente.)* No voy a ponerme a llorar por usted, amigo mío.

ORMUND.—*(Furioso.)* ¿Quién demonios le ha pedido que lo haga?

DOCTOR GÖRTLER.—Pero mi deber es prevenirlo... No hay escapatoria.

ORMUND.—¿No? ¿Por qué? ¿Supone que si doy el salto en la oscuridad, volveré a encontrarme en la misma situación de antes? Pues yo no lo creo. Sé que puedo encontrar la paz.

DOCTOR GÖRTLER.—No, no puede. La paz no es una cosa que está esperándolo.

ORMUND.—¿Y dónde está, entonces?

DOCTOR GÖRTLER.—Hay que crearla.

ORMUND.—¿Y cómo? Ya tuvo usted una idea de lo que me ha

andado por la cabeza en estos últimos veinte años. ¿De dónde podría venirme la paz?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Duramente.)* Si le gusta hablar y obrar como un niño, por lo menos sea humilde como un niño. Si no puede crear su propia paz, ruegue por ella. Arrodíllese y pida la paz. Si no tiene conocimiento, tenga fe.

ORMUND.—¿Fe en qué? ¿En cuentos de hadas?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con autoridad y pasión.)* Sí, amigo mío..., si así le parece... En cuentos de hadas.

ORMUND.—He vivido demasiado... y pensado demasiado... para empezar ahora...

DOCTOR GÖRTLER.—Yo he vivido más que usted. He pensado más que usted, y he sufrido más. Y le digo que en los más absurdos cuentos de hadas existe un acercamiento más verdadero a la naturaleza fundamental de las cosas, que en sus quejas contra la vida.

ORMUND.—¡Tonterías! ¿Por qué?

DOCTOR GÖRTLER.—Porque todos los acontecimientos están determinados finalmente por la magia...

ORMUND.—*(Despectivo.)* Sí, ya me imaginé que vendríamos a parar a esto. ¡Magia!

DOCTOR GÖRTLER.—Sí. La magia creadora de nuestro sentimiento, de nuestra imaginación y voluntad. Esas son las realidades..., nuestro sentir, la imaginación y la voluntad... y todas nuestras historias, son sus sueños.

ORMUND.—¡Facilísimo!

DOCTOR GÖRTLER.—*(Apasionadamente.)* No es fácil. La vida no es fácil. No proporciona atajos ni fugas sin esfuerzo. La paz y el éxtasis no están al alcance de la mano como el agua fría o caliente.

ORMUND.—*(Con salvaje ironía.)* No necesitaba decirme eso. Lo sé.

DOCTOR GÖRTLER.—Sí, pero lo que no sabe..., lo que no comprende... es que nuestro sentir, nuestro imaginar, nuestro querer penetran profundamente en la vida. Y al final, el universo entero debe responder a cada esfuerzo verdadero que hacemos. Cada uno de nosotros vive el cuento de hadas que ha creado.

ORMUND.—¡Cómo! ¿Dando vueltas en el mismo maldito y horrible círculo de la existencia, según cree usted?

DOCTOR GÖRTLER.—No giramos en un círculo. Eso es una ilusión, tal como el girar de los planetas y estrellas en sus órbitas es una ilusión. Nos movemos a lo largo de una huella en espiral. El viaje de la cuna al sepulcro no es en absoluto el mismo cada vez. En algunos casos las diferencias son pequeñas, y en otros son importantes. Partimos cada vez del mismo camino, pero a lo largo de él podemos elegir nuestras aventuras.

ORMUND.—Ojalá pudiera creer eso, Görtler.

DOCTOR GÖRTLER.—Lo que ya ocurrió antes..., quizá muchas veces, volverá probablemente a ocurrir. Por eso algunas personas

pueden profetizar lo que va suceder. No ven el futuro, según lo piensan, sino el pasado, lo que ya ocurrió. Pero algo nuevo puede suceder. Usted pudo traer muchas veces aquí a su esposa para pasar las fiestas. Ella pudo encontrarse muchas veces con Farrant. Pero usted y yo no habíamos hablado aquí. Esto es nuevo. Este puede ser uno de esos grandes momentos en nuestras vidas.

ORMUND.—¿Qué momentos?

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con gran fuerza.)* Cuando un alma puede adoptar una decisión fatal. Sé que este es para usted uno de esos momentos, Ormund. Puede volver al antiguo, oscuro círculo de la existencia, muriendo interminables muertes... o puede romper el conjuro y saltar a una nueva vida.

ORMUND.—*(Luego de una pausa, en la que mira fijamente al* DOCTOR GÖRTLER, *y con una cierta amplitud y nobleza de actitud.)* ¡Una nueva vida! Ojalá pudiera creerlo. Jamás hasta ahora oí hablar de un Dios tan generoso, tan noble y tan sabio como para evitar que algunas decisiones tomadas en nuestra ignorancia, prisa y confusión, sellen por siempre nuestro destino. ¿Por qué esas pobres improvisaciones deberían marcar toda nuestra existencia? ¿Por qué ese gran teatro de soles y lunas y luz estelar se habría creado para la primera lamentable pantomina que alcanzamos a hacer?

DOCTOR GÖRTLER.—No, no fue creado para eso. Debemos representar nuestras partes hasta que el drama resulte perfecto.

ORMUND.—*(Muy lentamente.)* Pienso que lo que más me ha dolido siempre, es comprender que la única sabiduría que alcanzamos es la sabiduría que sigue al suceso. Aprendemos, pero siempre demasiado tarde. Cuando ya no era un muchacho, me di por fin cuenta de qué clase de muchacho debería haber sido. A los cuarenta años, descubrimos cómo hay que conducirse a los veinte. Siempre demasiado tarde. De modo que el poco saber que alcanzamos no nos sirve.

DOCTOR GÖRTLER.—*(En voz baja.)* En su mundo. No en el mío. (ORMUND *permanece inmóvil un momento, pero con la cabeza gacha. El* DOCTOR GÖRTLER *lo observa en silencio, sin moverse. Por fin* ORMUND *guarda el revólver en el bolsillo, y se advierte que ha llegado finalmente a una decisión.)* ¿Y bien?

ORMUND.—*(Serenamente.)* Por lo menos podemos perfeccionar este drama suyo de Pentecostés. Viviré. *(Pausa.)* Pero sin admitir el sacrificio de nadie. Pídale a mi mujer que venga un momento. No puedo hablarle allí afuera, en presencia de Farrant. Y por favor, dígale a él que no se vaya todavía. *(El* DOCTOR GÖRTLER *asiente y sale.* ORMUND *extrae el revólver y le quita las balas. Luego se lo echa otra vez al bolsillo en momentos en que entra* JANET, *quien lo contempla ansiosamente.)*

JANET.—*(En voz baja.)* Estaba diciéndole adiós a Oliver.

ORMUND.—Sí.

JANET.—Quiero que sepas... No me iré de tu lado.

ORMUND.—Tú lo amas. Y él te ama. Estáis seguros de eso.

JANET.—Sí, absolutamente seguros. *(El la mira gravemente unos segundos, se aleja inquieto de su lado, y luego la enfrenta de golpe, casi salvajemente.)*

ORMUND.—Pues vete con él. ¡Vete con él!

JANET.—*(Iluminándose repentinamente con una gran esperanza.)* ¡Walter! *(Comprende que no es posible, y vuelve a apagarse.)* Yo no podía..., no puedo, ahora que sé...

ORMUND.—*(Hoscamente.)* No sabes nada. ¿Cómo podrías saber?

JANET.—El doctor Görtler dije...

ORMUND.—*(Interrumpiéndola vivamente.)* Estas son nuestras vidas, no las suyas. Vete, te digo. No habrá suicidio, ni escándalo, ni desastres. Todo seguirá igual. Puedes tener confianza en mí.

JANET—*(Con creciente excitación.)* ¡Oh, Walter...! ¿Estás seguro...? Si yo pudiera...

ORMUND.—*(Con un matiz de impaciencia.)* Te digo que todo está bien. Lo único que debe hacer Farrant es llevarte con él por un tiempo... quizá al extranjero... y luego volver tranquilamente a su trabajo. Pase lo que pase, yo me ocuparé de que no lo molesten en su puesto.

JANET.—*(Que está radiante, ahora, y habla confusamente.)* Walter..., apenas puedo creer... ¿Es verdad, es verdad...? ¡Oh, no sé lo que digo..., soy tan feliz...!

ORMUND.—*(Con una ligera amargura.)* Sí, no recuerdo haberte visto nunca tan feliz.

JANET.—*(Ansiosamente.)* No es solo por mí, Walter... ni por Oliver..., sino por ti también... Lo has cambiado todo, ahora...

ORMUND.—*(Con un ligero esfuerzo.)* Muy bien, sigue entonces siendo feliz, Janet. Naciste para serlo, para ser feliz y radiante. Siempre quise que lo fueras..., pero de algún modo resultó imposible. Y ahora..., ahora parece que lo he conseguido.

JANET.—*(Mirándolo, lentamente, con profundo afecto.)* Walter..., algo tremendo ha ocurrido en ti...

ORMUND.—Me lo pregunto. *(La mira, y luego sonríe suavemente.)*

JANET.—Sí, sí. De pronto eres enteramente distinto. Y, sin embargo..., como deberías haber sido siempre. Ahora sé... Eres más grande que yo..., más grande que Oliver. Ahora me parece que... vas a ser un gran hombre, Walter.

ORMUND.—De ninguna manera. Jamás seré un gran hombre. No hay muchos, ¿sabes?, y hay que ponerse a mucha distancia de ellos para medir su verdadera estatura. Quizá soy, por fin, un hombre..., un hombre verdadero... y no un mero manojo de miedos y de autocondescendencias...

JANET.—No es así como me acordaré de ti. ¿Qué harás ahora?

ORMUND.—Quedarme aquí esta noche, y quizá también mañana. Y pensar, tratar de pensar. Nunca he pensado mucho de veras, ¿sabes? Tenía miedo. *(Entra* SALLY, *vacilante y ansiosa.* ORMUND *se vuelve y la ve.)* Mistress Pratt. Por favor, pídale a Sam que ponga el equipaje de mistress Ormund en el auto.

SALLY.—¿En su auto, míster Ormund?

ORMUND.—No, en el de míster Farrant. *(Al ver que se detiene, y que los contempla confundida y ansiosa, agrega amablemente.)* Todo resultará muy bien, mistress Pratt. Y deje de preocuparse por ese muchacho suyo. También él tendrá sus oportunidades. Nadie va a abandonarlo.

SALLY.—Muchas gracias, míster Ormund. *(Sale.)*

ORMUND.—*(En voz baja.)* Quiero despedirme ahora, Janet. No me asomaré.

JANET.—Quisiera decirte tantas y tantas cosas, Walter...

ORMUND.—Pues no las olvides. Porque algún día..., pronto..., querré escucharlas. *(El* DOCTOR GÖRTLER *asoma a la puerta.)* Adiós, Janet. Sigue siendo feliz. *(Le tiende la mano, y ella la toma en la suya, se adelanta y lo besa.)*

JANET.—*(En un susurro.)* Walter querido..., adiós... ¡Dios te bendiga! *(Sale presurosa, mientras el* DOCTOR GÖRTLER *sostiene la puerta para que pase.* ORMUND *la observa irse. Hay una breve pausa después de su partida.)*

ORMUND.—*(Muy serenamente.)* Cierre esa puerta, doctor.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Después de hacerlo.)* También yo tengo que irme ahora.

ORMUND.—*(Con una ligera sonrisa.)* Después de terminado el experimento. *(Pausa.)* Todavía me pregunto si creo una sola palabra de él.

DOCTOR GÖRTLER.—Es muy difícil al comienzo, como todo nuevo conocimiento. *(Está contemplando a* ORMUND *con curiosidad.)*

ORMUND.—Me mira usted como el médico a su paciente.

DOCTOR GÖRTLER.—*(Calmosamente.)* Sí, porque si mi teoría es correcta, se encuentra usted ahora en la insólita e interesante posición de un hombre que está entrando en una nueva huella del tiempo, como un hombre que de pronto naciera en un extraño mundo nuevo...

ORMUND.—*(Alzando la mano al escucharse fuera el sonido del auto de* FARRANT.) Un segundo, doctor. *(Ambos escuchan, hasta que el sonido del auto se apaga.* ORMUND *escuchaba con dolorosa intensidad.)* Como un hombre que de pronto naciera en un extraño mundo nuevo, ¿eh? Bueno, no hay mucho de fantasía en eso, Görtler. Me siento como un recién nacido. Me siento pequeño, solitario, lleno de frío. *(Se estremece ligeramente.)*

DOCTOR GÖRTLER.—*(Con una leve sonrisa.)* Sí, puede ser duro al principio. Pero pasará. Hay un millón de soles esperando para darle calor y para alumbrar su camino. *(Va hacia la puerta.* ORMUND *lo sigue lentamente.)* Tal vez volveremos a encontrarnos. De modo que le diré «Auf Wiedersehen».

ORMUND.—Sí, volveremos a encontrarnos. Adiós. *(Se estrechan la mano. El* DOCTOR GÖRTLER *sale, y* ORMUND *se queda en la puerta mirando hacia la noche, que débilmente lo ilumina con luz de luna. Mientras está ahí, extrae mecánicamente la pipa y la bolsa de tabaco, y empieza a llenarla. Entra* SAM, *vacilando pipa en mano; viene del bar, y mira con duda y simpatía en dirección a*

ORMUND. *Carraspea,* ORMUND *se vuelve, lo ve, y regresa al centro del salón, cerrando antes la puerta.)* ¿Y bien, Sam?

SAM.—*(Con tosca gentileza.)* Me pregunté si... míster Ormund..., si podría hacer algo por usted... como...

ORMUND.—Sí, puede sentarse aquí conmigo, Sam, y fumar su pipa.

SAM.—Muy bien. *(Ambos se sientan, encienden las pipas y fuman lentamente.)* Me han dicho que los pastores del otro lado de las alturas de Grindle han andado en dificultades.

ORMUND.—*(Lentamente.)* Sí, yo también oí algo de eso, Sam.

SAM.—*(Lenta y filosóficamente.)* La gente piensa que los pastores llevan una vida tranquila, pero también ellos tienen sus dificultades, los pobres, como cualquier otro.

ORMUND.—Sí, supongo que es así, Sam. *(Los dos fuman amigablemente, en silencio, mientras cae el telón.)*

FIN DE
«YO ESTUVE AQUI UNA VEZ»

NOTA DEL AUTOR SOBRE

«ESQUINA PELIGROSA», «EL TIEMPO Y LOS CONWAY» Y «YO ESTUVE AQUI UNA VEZ»

Estas tres comedias son esencialmente obras de teatro y se han representado con éxito en varios países; en ellas no aliento grandes pretensiones metafísicas, porque soy un dramaturgo, no un filósofo, y si fuera filósofo no elegiría el teatro para exponer mis ideas. Sin embargo, vincula a las tres un interés común: el problema del tiempo, y su relación con él exige ciertas explicaciones de mi parte. Todas las obras tratan del tiempo de un modo insólito, pero no el mismo. Todas rechazan la concepción común del tiempo, pero cada una ofrece una solución particular del problema.

En *Esquina peligrosa,* la más antigua de las tres (fue la primera que escribí), el elemento tiempo es menos importante que en las otras, en las cuales el problema se discute de hecho. Pero no puede entenderse correctamente la acción de *Esquina peligrosa* si no se comprende que en ella acepto la posibilidad de un corte en el curso del tiempo, de manera tal que a partir de un momento dado se ponen en movimiento dos series alternativas de sucesos. La idea no es nueva, claro está; muchos novelistas ingeniosos han hecho buen uso de ella; y tampoco se han pasado por alto sus posibilidades teatrales; pero me considero autorizado a sostener que en *Esquina peligrosa* esa idea de dividir el tiempo para producir dos series alternativas de acontecimientos está presentada quizá con más agudeza e ingenio que en los cuentos y comedias anteriores. Uno o dos psicólogos a quienes conozco me han dicho que la obra puede interpretarse en un nivel más profundo de experiencia, en el cual mi caja de cigarrillos es otra versión simbólica de la famosa caja de Pandora.

Cuando escribí *El tiempo y los Conway* estaba yo bajo la influencia de la meditada teoría sobre el tiempo que J. W. Dunne ha expuesto en varios libros. Dunne no solo vino a ver la obra a Londres, sino que después de la representación hizo un intento, que me pareció galante pero un poco desesperado, de explicar su teoría a los actores. El libro que Alan menciona en el segundo acto debe atribuirse a Dunne. Según su teoría sobre el tiempo, cada uno de nosotros es una serie de observadores en series correspondientes de tiempos y solo en cuanto «observador uno» puede decirse que morimos, pues los observadores subsiguientes son inmortales. Dunne

llegó a esa teoría por el descubrimiento, que por mi parte creo válido, de que con frecuencia el futuro se nos revela en sueños. Explica que en sueños, cuando ya no desempeñamos funciones de «observador uno», el «observador dos» es quien tiene un atisbo (y Dunne explica por qué estos atisbos solo pueden ser fragmentarios) de los acontecimientos que aguardan al «observador uno» que se mueve en el «tiempo uno». De este modo, en un sueño, el «observador dos» enfoca a menudo sucesos que pertenecen al pasado y al futuro del «observador uno»; y como ese «observador dos» tiene una visión tetradimensional, completamente distinta de la del «observador uno», nuestras experiencias del sueño son sorprendentemente distintas de las de la vigilia, y Dunne, con su teoría del serialismo las ha explicado con extraordinario ingenio. Los lectores que deseen conocer más el asunto han de estudiar su *Experimento con el tiempo* y *El Universo serial.*

Y ahora veamos *El tiempo y los Conway.* Algunas personas sencillas han declarado que en esta pieza hay mucha bulla para nada, que se reduce a representar el tercer acto en lugar del segundo y este al final. Por supuesto, es una crítica ridícula. Deberían haber observado que Kay Conway nunca se halla fuera de escena durante el segundo acto, aunque está ausente con frecuencia en el primero y en el tercero. La razón reside en que el segundo acto es un atisbo del futuro por Kay, o como lo dice el serialismo, el «observador dos» de Kay ve lo que ocurrirá años después al «observador uno». Sola, tranquila después de una gran excitación, mientras escucha soñadora la música, la muchacha tiene la visión de una escena de futuro, y el segundo acto es esa visión. El tercer acto retoma la historia de la joven Kay del primero, pero la misma Kay, con su «observador dos» todavía despierto y recordando a medias, es ahora diferente de lo que era en el primer acto; de ahí su llamamiento a Alan al final de la obra. Llevaría mucho espacio y tiempo exponer toda la acción de esta obra en términos de serialismo, pero afortunadamente no es necesario hacerlo ni aquí ni en el teatro donde la obra (que vi hace pocos días, espléndidamente representada en el *Josefstadt,* en Viena) puede tener éxito por sus virtudes teatrales. Pero quizá deba añadir que la teoría del tiempo expuesta en ella es la más próxima a mí, y que de las tres comedias, *El tiempo y los Conway* es mi favorita.

Como lo anuncié cuando se estrenó, *Yo estuve aquí una vez* se basa en una idea que encontré en *Nuevo modelo del universo,* de Ouspensky, sobre la recurrencia modificada que explica con cierta extensión el doctor Görtler en dicha comedia. No creo en esta teoría sobre el tiempo, aunque me fascinó la exposición de Ouspensky por la vivacidad de su imaginación. Pero despertó la mía, y aún recuerdo la hora y el lugar, el momento exacto (yo estaba desnudándome para acostarme, en un rancho cerca de Wichenburg, Arizona), cuando se me ocurrió el tema, y recuerdo cómo quedé, a medio desvestir, sintiendo un hormigueo de excitación. A diferencia de las otras piezas de este volumen, escritas rápidamente y apenas retocadas des-

pués, *Yo estuve aquí una vez* me dio gran trabajo y hube de escribirla varias veces. Aunque es tan teatral como las otras dos y quizá ofrece mayores oportunidades para el actor, nunca ha sido tan popular ni se ha representado en tantos países. Por otra parte, en las giras teatrales se ha dado ante públicos no sofisticados, a muchas millas de las grandes ciudades y de sus teatros, y esa gente sencilla, tengo entendido, la comprendió y gustó. Me agradaría verla de nuevo; en cambio, no me siento capaz de caminar media milla para ver la mejor representación posible de *Esquina peligrosa.* Pero aquí el lector, como allá el espectador, debe elegir por su cuenta. Podemos brindarle *corte en el tiempo, tiempo serial y tiempo circular,* y a la vez un grupo de personas un poco parecidas, en su mayoría, a nosotros mismos.

J. B. PRIESTLEY.

FIN DE
«TEATRO COMPLETO
DE J. B. PRIESTLEY»